LOS HOMBRES de la historia

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Montaigne

Centro Editor de
América Latina



Jean Bachelot

MICHEL MONTAIGNE

"Las vidas más hermosas son, a mi juicio, aquellas que se conforman al modelo común y humano, con orden, pero sin prodigios ni extravagancias": en estos términos Montaigne termina sus **Ensayos**, y este mismo pensamiento nos ha llegado manuscrito, como un testamento reiterado, anotado de su puño y letra sobre un ejemplar de una edición de 1588. Testamento o, mejor, síntesis razonada de lo que él comprendía o esperaba haber expresado a lo largo de medio siglo. El hombre, modelo humano: he aquí la clave que sirve para descubrir a Montaigne, magistrado civil o judicial, escritor o viajero, militar u hombre político, amigo y hombre de compañía además de solitario asceta y hombre del "modelo común". Su vida se desarrolla entre 1533 y 1592 y él, heredero de una generación que ha liquidado o, más bien, volcado todo un estilo de ser, de actuar, de vivir, es por excelencia el hombre de su siglo, siglo de curiosidad, que empuja hacia todas las direcciones y que acaba por afirmarse con inquietud sobre algunas ideas, esas que, precisamente, atormentaron a Montaigne.

1. Freud
2. Churchill
3. Leonardo de Vinci
4. Napoleón
5. Einstein
6. Lenin
7. Carlomagno
8. Lincoln
9. Gandhi
10. Van Gogh
11. Hitler
12. Homero
13. Darwin
14. García Lorca
15. Courbet
16. Mahoma
17. Beethoven
18. Stalin
19. Buda
20. Dostoievski
21. León XIII
22. Nietzsche
23. Picasso
24. Ford
25. Francisco de Asís
26. Ramsés II
27. Wagner
28. Roosevelt
29. Goya
30. Marco Polo
31. Tolstoi
32. Pasteur
33. Mussolini
34. Abelardo
35. Pío XII
36. Bismarck
37. Galileo
38. Franklin
39. Solón
40. Eisenstein
41. Colón
42. Tomás de Aquino
43. Dante
44. Moisés
45. Confucio
46. Robespierre
47. Túpac Amaru
48. Carlos V
49. Hegel
50. Calvino
51. Talleyrand
52. Sócrates
53. Bach
54. Iván el Terrible
55. Delacroix
56. Metternich
57. Disraeli
58. Cervantes
59. Baudelaire
60. Ignacio de Loyola
61. Alejandro Magno
62. Newton
63. Voltaire
64. Felipe II
65. Shakespeare
66. Maquiavelo
67. Luis XIV
68. Pericles
69. Balzac
70. Bolívar
71. Cook
72. Richelieu
73. Rembrandt
74. Pedro el Grande
75. Descartes
76. Eurípides
77. Arquímedes
78. Augusto
79. Los Gracos
80. Atila
81. Constantino
82. Ciro
83. Jesús
84. Engels
85. Hemingway
86. Le Corbusier
87. Elliot
88. Marco Aurelio
89. Virgilio
90. San Martín
91. Artigas
92. Marx
93. Hidalgo
94. Chaplin
95. Saint-Simon
96. Goethe
97. Poe
98. Michelet
99. Garibaldi
100. Los Rothschild
101. Cavour
102. Laplace
103. Jackson
104. Pavlov
105. Rousseau
106. Juárez
107. Miguel Angel
108. Washington
109. Salomón
110. Gengis Khan
111. Giotto
112. Lutero
113. Akhenaton
114. Erasmo
115. Rabelais
116. Zoroastro
117. Guillermo el Conquistador
118. Lao-Tse
119. Petrarca
120. Boccaccio
121. Pitágoras
122. Lorenzo el Magnífico
123. Hammurabi
124. Federico I
125. G. Bruno
126. Napoleón III
127. Victoria
128. Jaurés
129. Bertolt Brecht
130. Che Guevara
131. Proust
132. Franco
133. Danton
134. Atatürk
135. Lavoisier
136. Bertrand Russell
137. Marat
138. Justiniano
139. Camilo Torres
140. Francisco Solano López
141. Ho Chi Minh
142. Lumumba
143. Luther King
144. César
145. Mariano Moreno
146. Aristóteles
147. Luchino Visconti
148. Sarmiento
149. Hipócrates
150. Aníbal
152. Los Kennedy
153. Diego Rivera
154. Von Braun
155. Los Curie
156. Malcom X
157. Stendhal
158. Pío IX
159. Sartre
160. Dalí
161. Eva Perón
162. Mao Tse-tung
163. Martí
164. Byron
165 Verdi
166 **Trotski**
167. De Gaulle

168 - Montaigne - Del Humanismo a la Contrarreforma
Este es el octavo fascículo del tomo Del Humanismo a la Contrarreforma (Vol. II).
La lámina de la tapa pertenece a la sección Del Humanismo a la Contrarreforma del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Traducción de Luciana Daelli

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma-Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

Centro Editor de América Latina S. A.
Cangallo 1228 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223. Buenos Aires.

Montaigne

Jean Bachelot

1533
"Nací —escribe Montaigne en sus *Ensayos*— entre las once y el mediodía del último día de febrero de 1933", hijo de Pierre Eyquem y Antoinette de Louppes, ambos pertenecientes a familias de acaudalados negociantes, en el castillo de Montaigne. De salud endeble, Miguel no es elegante ni posee prestancia física; de baja estatura, es metódico, pero no es brillante. Recibe su primera educación en la familia bajo la dirección de un preceptor alemán que lo educa hablándole en latín, ya que la casa Eyquem está abierta a los humanistas.
Este año, Calvino adhiere a la Reforma.

1539-1546
Realiza sus estudios en el Colegio de Guyena de Bordeaux.
Durante este período asistimos a la organización definitiva de la Compañía de Jesús (1539), a la creación del Tribunal de la Inquisición (1542), la aseguración de los servicios del dominio real por parte de Francisco I (1544) y a la apertura del Concilio de Trento (1546).
Marot traduce los *Salmos*, Calvino publica en Ginebra *Institutio religionis christianae* en francés (1541) y Copérnico *De revolutionibus* (1543).

1547-1554
Montaigne estudia derecho en Tolosa.
Al morir Francisco I en 1547, lo sucede Enrique II.
En 1549 aparece la *Defense et illustration de la langue française* de Du Bellay.

1554
Pierre Eyquem, electo síndico de Bordeaux, cede a su hijo Miguel su cargo de consejero de la *Cour des Aides de Perigueux*, la cual será definitivamente incorporada al Parlamento de Bordeaux.

1557
Montaigne conoce a Estienne de La Boétie, su colega en el Parlamento, con quien mantendrá una extraordinaria amistad.

1559-1563
Encargado para realizar diversas misiones en la Corte, acompaña al rey en sus traslados, trabando útiles relaciones.
Mientras tanto, muerto Enrique II en 1559 y su sucesor, Francisco II, en 1960, Carlos IX pasa a ser rey de Francia (1560). Se suceden los conflictos entre el Parlamento y el poder real.
Desde 1562 la luchas religiosas asumen cada vez más el aspecto de una guerra civil, especialmente en el Perigord y Guyena, salvo Bordeaux, que se mantiene relativamente calma. En 1562 tiene lugar la masacre de Vassy y la sublevación de los Protestantes.
Aymont traduce las *Vidas de hombres ilustres* de Plutarco.

1563
Montaigne asiste a la muerte de su amigo La Boétie, a quien ha amorosamente acompañado durante la enfermedad.
El mismo año se cierra el Concilio de Trento.

1565
Se casa con Françoise de la Chassagne, hija de un consejero del Parlamento. De este matrimonio nacerán seis hijas de las cuales sólo sobrevivió una, Eleonora.

1568
Muere Pierre Eyquem y Miguel, por ser el mayor de los cuatro hermanos, se convierte en señor y propietario de Montaigne.

1569
Publica una obra que había comenzado por deseo de su padre y del mismo La Boétie: la traducción de la *Theologia Naturalis* de Raymond de Sebond.
Los protestantes y las tropas reales se encuentran en una serie de éxitos y derrotas sucesivas en todo el Perigord, bajo el mando de Coligny y de Monluc.

1570
Paz de Saint-Germain. Montaigne aprovecha este momento de calma para dejar el Parlamento y dimitir de su cargo en favor de Florimond de Rémond, que se había convertido en uno de los jefes más polémicos y combativos del partido católico.
Luego de una estada en París para la publicación de las obras de La Boétie, Montaigne se retira defintivamente a su castillo.

1571
En el castillo lleva una vida de gentilhombre de campaña, deseando dedicarse al estudio. El rey le concede el collar de la orden de San Miguel y el título de Gentilhombre de Cámara del rey de Francia.
Este mismo año tiene lugar la batalla de Lepanto.
Palladio publica los *Cuatro libros de la Arquitectura*.

1572
Se reanudan los desórdenes en el Perigord; Montaigne, cansándose pronto de acrecentar y administrar la casa y la hacienda, dispone una torre del castillo para poder dedicarse en ella a una gran actividad intelectual, a las lecturas y anotaciones que constiuirán los elementos básicos de sus *Ensayos*.
El 24 de agosto, Catalina de Médici convence a su hijo Carlos sobre la necesidad de liquidar al partido hugonote, para lo cual ordena la masacre de todos sus miembros: es la famosa noche de San Bartolomé, en la cual mueren cerca de cuatro mil hugonotes de París.

1574
Luego de haberse unido a la armada real, Montaigne pronuncia en nombre del rey y delante del Parlamento de Bordeaux, un largo discurso para que la ciudad de Bordeaux sea puesta en estado de defensa contra las iniciativas de los protestantes.
Muerto Carlos IX, le sucede Enrique III.

1578
La salud comienza a dar graves preocupaciones a Montaigne, que tiene los primeros ataques serios de riñón y de una enfermedad intestinal: esto lo obligará a pasar algunas temporadas en unas termas de los Pirineos.

1579
A pesar de la paz de Nérac, la hostilidad entre los partidos enemigos hace nuevamente estragos. Fiel al catolicismo y al rey, Montaigne decide seguirlos.

1580
Publica en Bordeaux un conjunto de diversos artículos suyos, reagrupados aún en for-

ma más bien artificial, bajo el título de *Essais* (*Ensayos*). El 22 de junio emprende un viaje con el fin de visitar las fuentes termales de Alemania e Italia, luego de pasar un tiempo en la Corte para ofrecer al rey Enrique III los *Ensayos*, y después de hacer acto de presencia en el sitio de La Fère. Con algunos compañeros y servidores visitará Meaux, Epinay, Bar-le-Duc, Plombières, Basilea, Baden, el lago de Constanza, Baviera, Mónaco, Innsbruck, el Tirol, Trento, el lago de Garda, Verona, Venecia, Ferrara, Boloña y, finalmente, Roma, donde hará un primer descanso de cuatro meses y medio.

1581
Mientras se encuentra en los Baños de Lucca recibe el nombramiento de síndico de Bordeaux; parte entonces hacia los Alpes atravesando Milán, Turín, el Moncenisio, Lyon, Limoges y el Périgueux.
Un diario, redactado en parte por el mismo Montaigne y en parte por su secretario, en francés y en italiano —el futuro *Journal de Voyage* (*Diario de viaje*)—, consigna las impresiones y experiencias de su viaje.

1581-1585
El rey aprueba la designación conferida a Montaigne, quien será reelecto en 1583 para una nueva magistratura. Los primeros dos años de su magistratura beneficiaron con una relativa calma a la región, los dos siguientes, en cambio, fueron de mayor inquietud, habiéndose reanudado la guerra civil y religiosa que la Liga dispuso contra el mismo rey de Francia.
En 1582 aparece en Bordeaux la segunda edición de los *Ensayos*.

1587
Tercera edición de los *Ensayos*, en París.

1588
Nueva edición parisina de los *Ensayos*, aumentada con un tercer libro y de seiscientos agregados a los dos primeros libros.
12 de mayo. "Jornada de las barricadas": Enrique III debe huir de París, que ha caído en manos de la Liga, y hace alto en Chartres y Rouen; en la fuga lo acompañan Montaigne y un magistrado de Bordeaux, Pierre de Brach.
Durante una estada en París es arrestado por algunos días en la Bastilla. Pero por intervención de la reina madre y del duque de Guisa es puesto en libertad de inmediato.
Asiste a los Estados Generales de Blois y se encuentra con Mademoiselle de Gournay, a la que llamará "su hija de elección".
El mismo año es derrotada la Armada Invencible.

1589
El rey Enrique III apela a su primo Enrique de Navarra contra la subversiva París y entre ambos disponen el sitio de la ciudad. A continuación, los representantes de la Liga, sintiéndose perdidos, mandan asesinar a Enrique III. Enrique de Navarra se convierte en rey con el nombre de Enrique IV.

1590
Se casa Eleonora, la hija de Montaigne.

1592
Asistiendo a una misa ofrecida en su cuarto, Montaigne muere en el momento de la elevación, el 13 de setiembre, a la edad de cincuenta y nueve años y medio.
Fue sepultado en la iglesia de Feuillants de Bordeaux: el monumento funerario —que actualmente se encuentra en la Facultad de Letras de Bordeaux— lo representa yaciendo, vestido con armadura de caballero: dos epitafios, en latín y en griego, celebran su sabiduría, su elocuencia, su espíritu, su fin.

1595
Nueva edición póstuma de los *Ensayos*, a cargo de Mademoiselle de Gournay.

1601
Muere la madre de Montaigne.

1627
Muere su mujer, Françoise de la Chassagne.

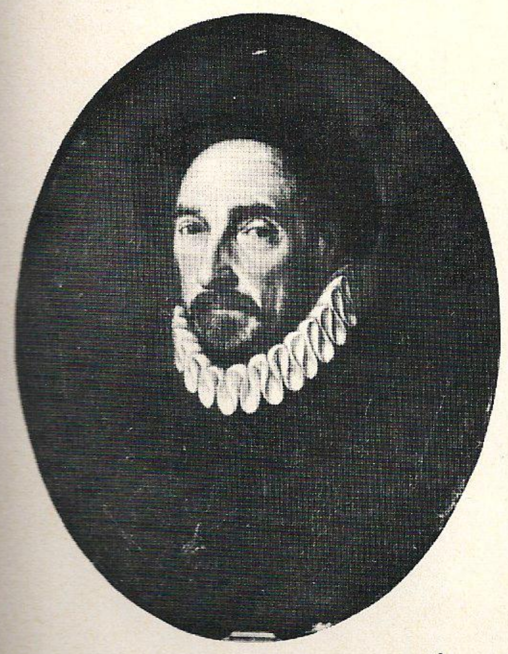
1

1. *Firmas de la familia Montaigne.*

2. *Torre de Montaigne.*

3. *Retrato de Montaigne.*

2



3

El hombre del Renacimiento. Un ideal cumplido

"Las vidas más hermosas son, a mi juicio, aquellas que se conforman al modelo común y humano, con orden, pero sin prodigios y sin extravagancias." En estos términos Montaigne se despide de nosotros, al final de sus *Ensayos*, y este mismo pensamiento, en efecto, ha llegado manuscrito, como un testamento reiterado, anotado por su puño sobre un ejemplar de la edición de 1588. Testamento o, mejor, síntesis razonada de lo que él comprendía o esperaba haber expresado a lo largo de medio siglo.

El hombre, el modelo humano: he aquí la clave que nos servirá para descubrir a Montaigne, magistrado civil o judicial, escritor o viajero, militar u hombre político, amigo y hombre de compañía además de solitario asceta y hombre del "modelo común", ya que no gustaba del brillo, la excentricidad y la belleza de la vida.

Su vida, con todo, no fue banal, ni común, ni careció de una impronta distinta; pero él quiere darnos a entender que aquélla es hermosa por cuanto lleva la marca de un modelo común.

No existe en este juicio, por el contrario, ninguna necesidad de modestia o de humillación sino el testimonio de una confianza en el hombre. En las tareas cumplidas, los viajes emprendidos, en el solitario retiro que se impuso, es siempre el hombre que quiere actuar, que quiere conformarse a sí mismo. Su vida se desarrolla entre 1533 y 1592 y él es por excelencia el hombre de su siglo, heredero de una generación que ha liquidado o, más bien, volcado todo un estilo de ser, de actuar, de vivir, que se ha esforzado en hacerlo a pesar de conservar las viejas concesiones deformadas de la usura de la fe, del pensamiento, del orden social.

La generación precedente ha descubierto que hay un mundo más allá de la Europa cristiana, que las rutas deben abandonar los itinerarios tradicionales y que los puertos deben volcarse hacia el Atlántico; que es necesario adaptarse a los nuevos métodos del comercio, letras de cambio, bancas, seguros, que si la producción industrial se desarrolla, quedan por satisfacer otro tanto y aún más las necesidades de una población que crece y a la que no pueden bastar sólo los recursos de la Europa tradicional, ni de Asia y África. Los nuevos continentes, podemos decir, se descubrieron porque hacían falta. Pero no es sólo pan, lana, azúcar, cuero, y metales preciosos lo que hace falta; también se crean nuevas exigencias espirituales. En verdad, también la Edad Media ha conocido estas inquietudes, y si queremos recordarlo con dos nombres, ya en el siglo XIII San Francisco de Asís, frente a un mundo en pleno progreso económico, que se aleja de la

1

1. Bordeaux en la época de Montaigne.

2. Un consejero del Parlamento de Bordeaux en 1564.



2

Iglesia, ha marcado una profunda huella sobre la moral, el espíritu, la sensibilidad; en el siglo XIV, Petrarca, en su desconfianza por los tratados escolásticos, por toda una ciencia tal que obvia los problemas espirituales del hombre, busca en Cicerón y en Séneca una respuesta nueva y un nuevo camino.

Desde 1450 a 1550 los hombres trabajarán para trazar un nuevo rumbo hacia nuevas respuestas. Frente a tantas ruinas, tantas falsas apariencias, tantos callejones sin salida, ellos chocan, como la humanidad toda en su largo camino, con la muerte: la muerte hará descubrir al hombre en su dimensión —carcomidas por el conformismo las respuestas tradicionales— lo hará comprender en el valor de su vida individual, de su realidad, dignidad: uno de estos hombres, Leonardo da Vinci, lo ha indicado en un dicho: "El hombre es modelo del mundo". Montaigne, durante toda su vida, tratará de buscar ese modelo, una búsqueda intelectual o proyecto de acción: "Imagino al hombre —escribe— mirando en torno suyo el infinito número de cosas, plantas, animales, metales: no sé por dónde hacerle empezar a experimentar".

Es sabio confesar la propia confusión, cuando hace falta una guía. En menos de cien años los acontecimientos se habían precipitado: los turcos en Constantinopla, la imprenta, las guerras de Italia, los grandes descubrimientos, las audacias de los reformadores religiosos que habían pululado en cada región y, entre ellos, los más comúnmente citados: Lutero y Calvino. El descubrimiento que los franceses hicieron de Italia: descubrimiento de sus paisajes y monumentos, pero aún más de la ciencia, de la doctrina de las Universidades de Boloña y Padua. El ardor por el saber que había conquistado a Italia en el siglo XV se comunica a Francia en los albores del siglo XVI, cuando escucha a León Bautista Alberti aconsejar a los jóvenes: "Dedicad vuestros esfuerzos al estudio de las letras. No tengáis pereza. Amad el conocimiento de las cosas del pasado que son dignas de memoria... gustad la alegría de nutrir vuestro espíritu con las bellas ciencias... Esforzaos por conocer las *cosas humanas*". He aquí el mensaje que venía de Italia, la tierra que había recibido, al día siguiente de la toma de Constantinopla, a los doctos griegos que trajeron con ellos todas las reliquias posibles, en particular antiguos manuscritos. Si las guerras en Italia no tuvieron consecuencias políticas duraderas, hacen que sea todavía estrecho el contacto entre Francia e Italia, y no sólo en la alocada explosión de mundanidad de la corte de Francisco I y Enrique II: en la provincia, también se forman círculos italianos como en Lyon, Nantes, Tolosa o Bordeaux. Son innumerables los italianos que afluyen —soldados, diplomáticos, banqueros, obispos, profesores, artistas, escritores— y que invitarán a los franceses, como Montaigne, a viajar a Italia; es el tiempo que ve multiplicarse las fiestas, en la elegancia y el gusto por el lujo y el placer. Pero el trato más general de los hombres de esta época deja una curiosidad sin límites; interesa la tradición de la fe; el racionalismo, con Pomponazzi, la escuela de Padua y Cardano, adelanta los derechos críticos de la razón. Con conmovedor sincronismo, que no deja indiferentes ni insensibles a los contemporáneos, se descubren nuevas perspectivas para el pensamiento al mismo tiempo que se amplían las miras en las confrontaciones de la concepción tradicional del universo. ¿Cómo hubiesen podido los hombres de este tiempo no quedar deslumbrados? Todavía no son estos maravillosos descubrimientos los que arden profundamente en Francia.

La curiosidad se despierta en contacto con los antiguos: lo que domina a los hombres de esta época es el deseo de conocer el mundo antiguo; a diferencia de Italia, cuyo humanismo permanece más "formal", el primer "humanismo" en Francia es realista: en él hay un deseo de conocer el mundo antiguo, no sólo el estilo de los griegos y los latinos, sino también su historia, sus costumbres, sus leyendas, su pensamiento; la mayoría busca en los antiguo, durante todo el siglo XVI, una suerte de revelación. También hubo numerosos traductores, en el nivel de los mejores escritores, como La Boétie; lo mismo puede decirse de los eruditos que fueron protagonistas de su época: Montaigne los nombra reiteradamente en sus ensayos, y entre ellos a Adrien Turnèbe, a quien califica como el "más grande hombre desde mil años a esta parte (...), el alma más bella del mundo". ¿Y qué no hubiese podido decir de la familia de los Estienne? En esta exploración de los siglos pasados, en el intento de formar mejores instrumentos para comprenderlos, se presta menos atención a las tierras lejanas: es hermoso volver a recorrer los senderos de la antigüedad, pero el viaje se enfrenta con ojos nuevos. Montaigne ofrece un ejemplo claro. Por todo lo que concierne al mundo nuevo, los sentimientos son muy variados, pero lo que parece haber impresionado más es la diversidad de creencias y costumbres que reinaban en ese mundo. Con cierta complacencia, por ejemplo, Montaigne recoge observaciones sobre las costumbres de los países "extraños": "Hay pueblos en los cuales, salvo la consorte y los hijos, ninguno puede relacionarse con el rey sino por interpósita persona. En un mismo país, las vírgenes muestran desnudas sus intimidades, mientras las esposas las cubren y esconden con gran cuidado... Otros, donde los hijos no son herederos pero lo son los hermanos o nietos". Verdaderas o falsas, anotaciones como ésta se extienden sobre las páginas y ofrecen a Montaigne material para reflexionar sobre el pudor, la moral, el valor de la legislación y hasta la misma religión. ¡Cómo no sentir la tentación de poner en duda los mismos fundamentos de nuestras creencias!

Siglo de curiosidad, curiosidad que empuja hacia todas las direcciones y que acaba por afirmarse con inquietud sobre algunas ideas, siempre las mismas, esas que, precisamente, atormentaron a Montaigne. Esto es por lo que nuestro protagonista queda individualizado claramente, en su tiempo y en cada época: por la observación de las costumbres, objeto de la filosofía moral, por el análisis del corazón del hombre. Podemos decir, en síntesis, que Montaigne encarna la inquietud y la agitación de su época.

Orígenes burgueses de un apellido

Miguel de Montaigne, que decía provenir de antiguo linaje, abandonó el patronímico plebeyo por el nombre de la tierra donde nació. No deja perder ninguna ocasión para dar la idea más favorable de su familia. Dice "mi estirpe", "mi apellido", "mis antepasados tenían en un tiempo el nombre de Eyquem", como si ese nombre hubiese sido abondonado hacía mucho tiempo. Miguel de Montaigne pertenecía a una familia enriquecida con los negocios: su bisabuelo, Ramón Eyquem, tenía una bodega de vino y pescado salado, en la vieja calle Rouselle, en Bordeaux —el curioso puede aún fantasear con el pasado en esta calle pues, aunque las casas han asumido nuevas formas, si él se interna por los oscuros pasillos de estos edificios, encontrará un aire húmedo e impregnado, porque las especias y los productos del comercio con África, las "islas" y América están todavía almacenados— este mundo de los negocios, por larga tradición metódico y ecónomo. ¿Volvemos a encontrar en este ambiente a Montaigne? Por lo menos encontramos de dónde proviene. El bisabuelo Ramón, sobre el fin de una vida laboriosa, compra la noble tierra de Montaigne, pequeña señoría situada en los confines de Guienna y del Périgord. A su muerte su hijo Grimon hereda la hacienda comercial y la tierra noble, morada de modesto aspecto y capital nada conspicuo; con Grimon la familia accede a los honores oficiales: él se convierte en magistrado civil de Bordeaux, casa a las hijas con notables de la magistratura judicial, dos de sus hijos son abogados o consejeros en el parlamento de Bordeaux. El mayor, Pierre, padre de Miguel, abandona el comercio por la espada, participa en las guerras de Italia y, a su regreso, divide su vida entre la residencia de la ciudad y el castillo de Montaigne; magistrado civil, vice-síndico, alcanza en pocos años los honores supremos del Municipio de Bordeaux. Tenemos aquí un admirable ejemplo de energía y de ascenso burgués, la conquista de honores y de dinero, sobre todo en tierras, signo tangible del poder. Pierre construirá sus propias posesiones y las agrandará. Se ha querido describir con desenvoltura a su hijo Miguel

como un epicúreo y un filósofo que vive solitario en su torre, lejos de las rivalidades y contingencias materiales: al contrario, él no participará menos de la tradición. El padre influirá preponderantemente sobre él. Siempre lo trata en sus *Ensayos* con un afecto, un respeto y una devoción que llegan a la veneración; en el capítulo II del *Libro segundo* traza un retrato viviente, tierno pero sin concesiones. Su padre, en efecto, no fue un hombre común: ecónomo, escrupuloso en el manejo de sus libros de cuentas, dedicado a la decoración y embellecimiento de su castillo, donde recibe a hombres de letras y de ciencias, ávido de novedades, pero sin exageraciones; respetuoso de la tradición, cuando se trató de bautizar a su hijo Miguel, le dio por padrinos a "personas de ínfima fortuna" y decidió mandarlo a una nodriza de una villa vecina, junto a pobrísimos campesinos. Desde el comienzo se trató de "educarlo según el más humilde y común modo de vivir". Montaigne conservará el gusto por la frugalidad y quedará siempre inclinado a compadecer a los desheredados, los campesinos molestados por los guerreros o los oprimidos por los europeos. Fue un niño enfermizo, necesitado de cuidados particulares, temperamento nervioso que se reflejará en una general y persistente inestabilidad, en una necesidad de cambios y movimiento que habrá de ponerse en evidencia en la edad madura, ya sea en las ideas como en las infinitas correcciones del manuscrito y en la incapacidad de permanecer fijo en un lugar o en una ocupación. A pesar de ser poco robusto, realizará largas cabalgatas aun durante su enfermedad; admitirá más tarde que "sus condiciones físicas concordaban muy bien en su conjunto con aquellas del espíritu". En un cuerpo sin gracia, un espíritu más bien tímido: tanto para pensar como para escribir necesita tiempo, y lentos y reiterados retoques.

La juventud de Montaigne

Pero no precipitemos la descripción, ya que vale la pena detenerse sobre un punto de su infancia. La familia es rica, tanto por el lado paterno —como hemos visto— como por el de la madre, la cual pertenece a una tribu de mercaderes judíos, los López, llegados de Portogallo y establecidos en Bordeaux y en Tolosa. Por lo tanto, es por el lado materno que la familia está en contacto con el cosmopolitismo del gran comercio internacional y de las finanzas. Así, no nos asombrará verlo más tarde, sobre las rutas de Alemania y de Italia, tan curioso, con abierta inteligencia, dispuesto a recibir cualquier novedad, cualquier extravagancia. En este ambiente acomodado y sin conformismo Miguel crece, despertándose a la mañana al son de un instrumento musical "ya que algunos opinan que turba el cerebro delicado de los niños el despertarlos con sobresalto a la mañana y sacarlos del sueño de golpe y con violencia". Desde los tres años, es confiado a un preceptor brillante, un alemán, latinista estimado, que ignora la lengua francesa, y sólo le hablaba en latín: "En cuanto a los demás de la casa, era norma invariable que todos, padre o madre, valet o camarera, no hablasen en mi presencia más que ese poco latín que cada uno había adquirido para farfullar conmigo". Luego fue admitido al estudio del griego, pero con diferente sistema.

En efecto, aquel gentilhombre que era su padre, en Italia y en Bordeaux, se había abierto al gusto por las letras: era la época en la que la sociedad bordalesa estaba orgullosa por la resurrección de su Colegio de Guienna, y el Périgord, igualmente, centro ardiente de controversias religiosas y filosóficas, donde la imprenta se había desarrollado muy rápidamente, presentaba una extraordinaria actividad literaria, científica y filosófica. Los Eyquem, dueños del castillo de Montaigne, sentían el deber de participar en ella. Sin duda, Pierre Eyquem no poseía una vasta cultura, pero estaba animado por el entusiasmo y abría su casa a los humanistas. Notamos que una educación semejante, por muy útil que haya sido para disponer a Montaigne a familiarizarse con las letras antiguas, no era precisamente apta para permitirle adquirir el sentido del esfuerzo asiduo y la energía de la voluntad. Más tarde, trazando un plan de educación, él no aconsejará ni el latín sin lágrimas ni los despertares con música... "El peligro —confiesa— no era que yo hiciese las cosas mal, sino que no hiciese nada". Con semejante equipaje, a los seis años lo mandan al colegio de Guyenne, donde su precocidad le permite saltear etapas; es un colegio a la moda "entonces floreciente, y el mejor de Francia", por la calidad de sus maestros elegidos entre los más doctos humanistas de su tiempo. Están en auge nuevos métodos de educación: evitar los castigos, requerir la inteligencia de cualquier modo. A pesar de la indulgencia de los preceptores, no encuentra gusto por él estudio ni por la disciplina, toma particular interés por un *divertissement* en voga en el colegio: la representación de tragedias en latín; por lo demás "seguía siendo siempre un colegio", y no oculta el haber salido de él con alegría, una vez cumplido el ciclo de estudios precozmente, a los trece años. Miguel estudia derecho, tanto en Bordeaux como en Tolosa: ¿cómo se conduce? Al respecto, él no dice nada en los *Ensayos*; en éstos alude a la "estación más licenciosa de su juventud, entre las damas y las diversiones": ¿pero se ubica ésta, precisamente, en aquella época? Recordando sus bigotes "a los cuales se pegaban una vez los íntimos, sabrosos besos de la juventud..." no oculta, en el capítulo XX del *Libro primero*, los efectos alternados de la razón y de la imaginación del joven enamorado.

Lo encontramos verdaderamente sólo hacia los veinte años, en su ingreso en la vida pública, cuando recibe un cargo en la corte de Périgueux la que, bien pronto, se une al Parlamento de Bordeaux donde, a los veinticinco años, cubre el cargo de Consejero y, de este modo, empieza a frecuentar a diversos juristas, muchos de los cuales son también humanistas que cultivan las letras antiguas y se escriben con talentos de otros países. Todo le sonríe: una carrera honorable y lucrativa, funciones sin dificultades, colegas cultos y ricos; pero tales funciones no concuerdan con su temperamento; diez años más tarde, a los treinta y cinco, profundamente disgustado con su oficio, dimitirá con alivio: tomar la palabra en público le era penoso a raíz de su falta de memoria. "Cuando debo decir un discuhso importante y largo, me veo reducido a esta vil y miserable necesidad de memorizar, palabra tras palabra, cuanto debo decir; de otro modo no tendría la seguridad de que la memoria no me jugase una mala pasada. Pero este expediente no es menos difícil". Nada congeniaba con él, ni una ciencia del derecho donde hace falta conducir sistemáticamente los casos específicos a las categorías previstas y definidas por el legislador, ni las glosas de los jurisconsultos y el ejercicio conexo, en el cual se pierden de vista los fundamentos verdaderos de la justicia, la razón de ser de la ley, de las ordenanzas, de los edictos, ni el tipo de las sanciones —¿es justo "condenar a alguien según el parecer de los otros?"—, ni los procesos de brujería que se multiplicaban entonces, ni la "cuestión prejudicial" para lograr del imputado, presuntamente culpable, la confesión de su crimen, ni mucho menos la tortura.

¿Qué retendrá del tiempo pasado en el Palacio de Justicia? Una contribución a su observación general sobre los hombres, por cierto, un gusto por la moderación y amor por el estudio; ha tenido oportunidad de hacerse conocer por el poder real y su principal cuidado parece haber sido lograr que lo mandaran en comisión, en 1959 —cuando sigue a la corte a Bar-le-Duc—, en 1562 y 1563; durante esta última misión acompaña al rey Carlos IX a Rouen y allí encuentra salvajes de América, de los que conservaría un vivo recuerdo. Estas misiones le dieron la oportunidad de tratar útiles relaciones; la familia Montaigne tiene los ojos bien abiertos: la administración local está en decadencia, la real en ascenso, con ésta está el porvenir, en ella es necesario tomar lugar. Miguel conservará este deseo de conseguir eficaces protectores.

Las guerras religiosas

Por aquel tiempo, si Bordeaux conserva la calma, más convulsionados están el Périgord y el resto de Guienna: las luchas religiosas empiezan a tomar forma de verdaderas guerras civiles, en todo el Sudoeste

1. Carlos IX, rey de Francia.

2. Baile con trajes de la época de Carlos IX.



1



1. Famoso retrato de Montaigne.

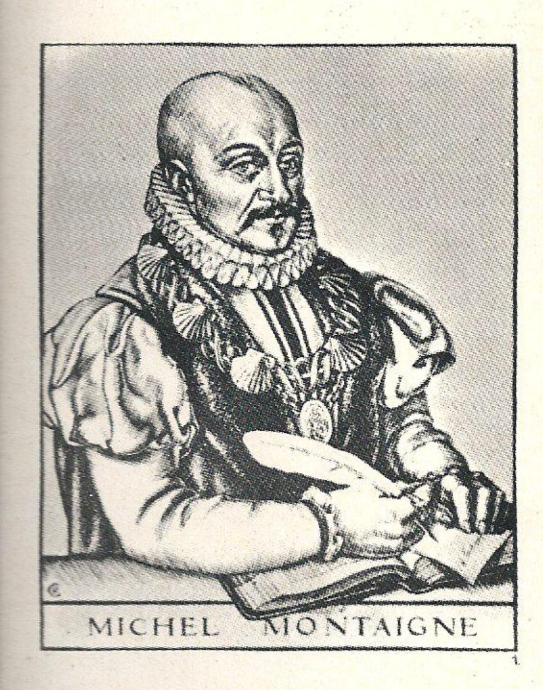
2. Torre de Montaigne tal como se conservaba aún en 1823.

3. Biblioteca de Montaigne, con inscripciones latinas y griegas en las vigas del techo.

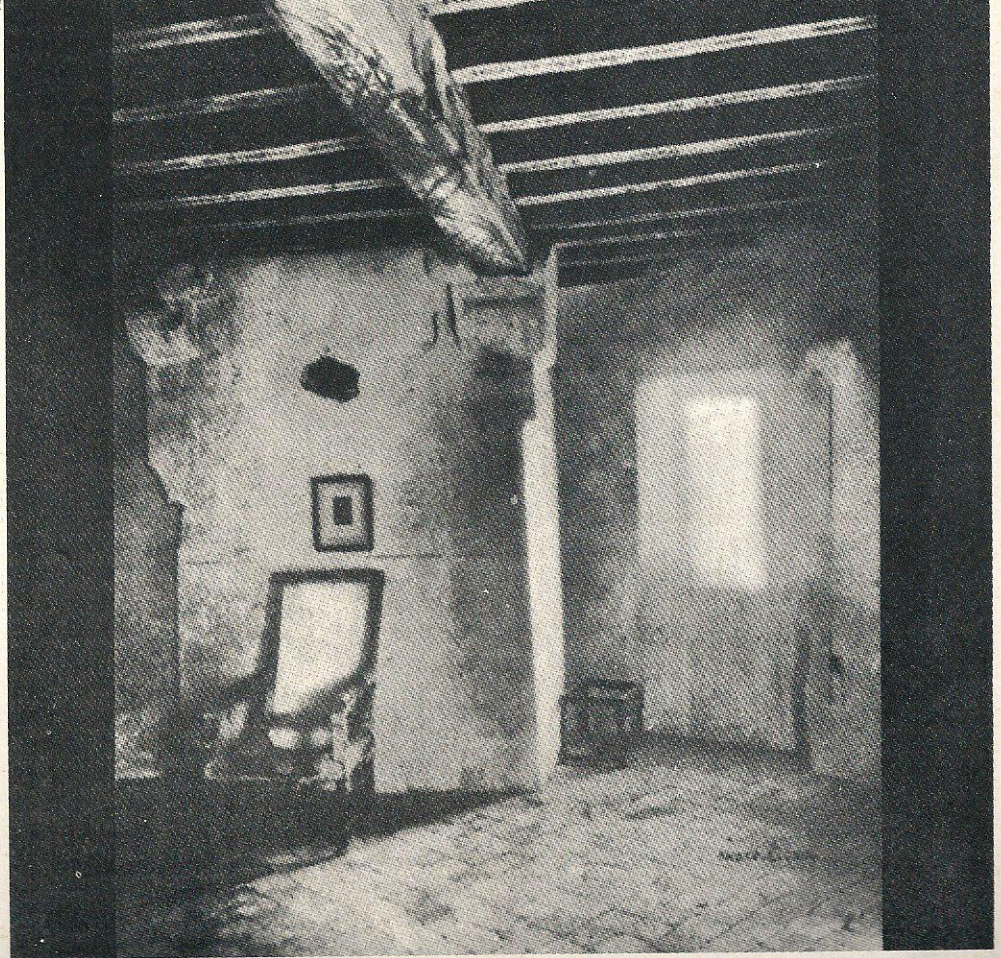
4, 5, 6. Portada de los libros de Montaigne con su firma.



2



1



3

hay rebeliones, masacres, incendios. ¿Cuál es, exactamente, la posición de Montaigne en esta situación? Al comienzo incierta, dudosa, se consolidará poco a poco bajo el empuje de los acontecimientos. Católico sinceramente convencido, Montaigne comienza siguiendo al partido católico; pero el conflicto se convierte pronto en guerra civil y amenaza la paz. Entonces abandona ese partido para ligarse a los moderados, más indiferentes en materia religiosa. Por su campo de observación, la provincia, está en condiciones de juzgar mejor que otros el alcance del peligro: los desórdenes transforman a los gentileshombres de campaña en saqueadores, y detrás de ellos el pueblo está listo para cualquier exceso; las insignias y las palabras de orden, católicas o reformadas, no son más que pretextos, a menudo olvidados. Así, él advierte la necesidad de contar con una autoridad capaz de imponer su disciplina cada vez, sin despertar resentimientos ni herir los intereses legítimos. Blaye cae en manos de los protestantes, se multiplican los estragos y los incendios, el Périgord es dado vuelta por los fieles de Coligny o de Monluc, éxitos y derrotas se alternan por una y otra parte: habrá que esperar hasta 1570 para la estipulación de la paz de Saint-Germain y serán necesarios dos años para remediar tantos desastres.

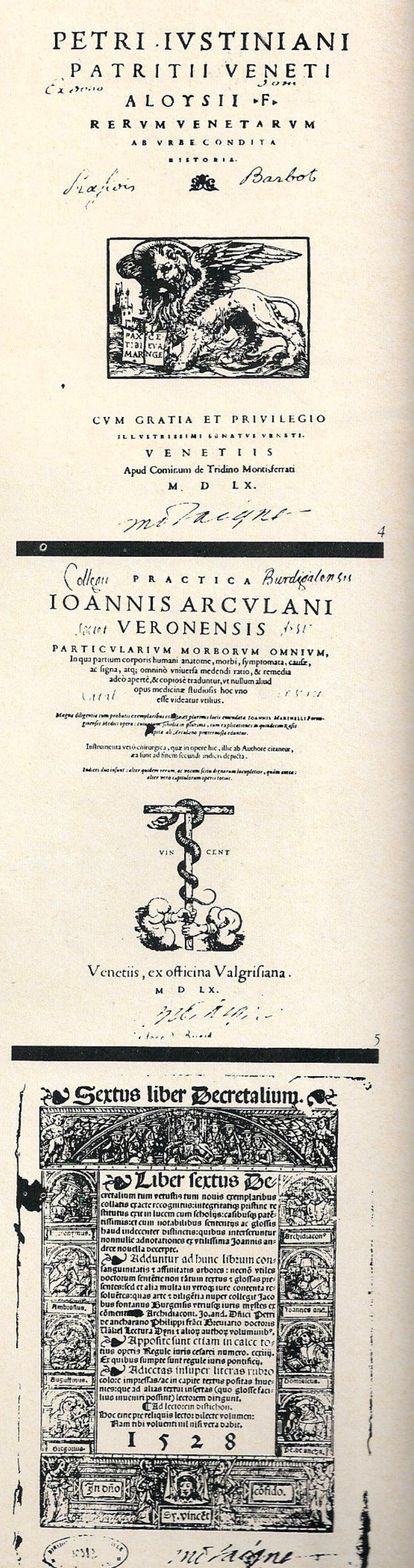
Montaigne aprovecha la tregua para dejar el Parlamento y entregar su renuncia al cargo y, luego de una breve temporada en París, se retira definitivamente —por lo menos eso es lo que se propone— en su castillo de Montaigne: "Cansado de la esclavitud de la corte y de los cargos públicos, pensaba retirarse entre esos muros y abandonarse sobre el seno de las musas, las doctas vírgenes, con el fin de transcurrir en la quietud y la seguridad, los años que le restaban por vivir; esperando que el destino le consintiese llevar a término la construcción de esa residencia, él la consagraba a la propia libertad, tranquilidad y a las propias riquezas".

El mundo de los afectos y el sentido de la muerte

¿Por qué esta decisión? Su escaso gusto por las cosas de la justicia, los desórdenes de las guerras religiosas y civiles, como ya hemos visto, pero, indudablemente, más aún tres acontecimientos en el curso de estos años habían marcado una huella profunda sobre él: una amistad, su casamiento, la muerte del padre.

Entrando al Parlamento de Guienna, debía encontrarse con Estienne de La Boétie, su colega, tres años mayor que él, con el que lo ligaría una amistad "tan profunda y perfecta que seguramente no se puede encontrar otra similar". ¿Quién era este hombre? "El más grande que yo haya conocido, es decir, de las facultades naturales de su alma, y el más noble; un alma de estampa antigua que hubiese alcanzado grandes afectos si su suerte lo hubiese querido, habiendo agregado él a los dones naturales ciencia y estudio"; hombre estimado, ardiente e imperioso en la audacia de sus ideas renovadoras. Estos temperamentos tan opuestos debían encontrarse y unirse. Las efusiones sentimentales casi no aparecen en los *Ensayos*, pero más por reserva que por defecto de la sensibilidad. Sin embargo, Montaigne dedica al amigo La Boétie conmovidas páginas. Bien pronto, en efecto, un mutuo afecto los unió inseparablemente. Un mismo ardiente culto por la antigüedad los empujó a hacer revivir en sí mismos aquellas virtudes que admiraban en los antiguos. Semejante amistad debía interrumpirse, en el término de cuatro años, por la muerte de La Boétie. Éste, en sus últimos instantes, recuerda a su amigo el "haberlo elegido entre tantos hombres para renovar con él aquella virtuosa y sincera amistad que en nuestras costumbres, con sus vicios, ha desaparecido desde hace tanto tiempo, que no queda más que algún trazo en la memoria del tiempo antiguo". A ambos la antigüedad se les presenta como el modelo al que deben conformarse el corazón y la mente. En esta amistad existe un deseo humanista de emulación: los dos quieren hacer revivir esa amistad que admiraban en los héroes antiguos. Sin duda, en este ejercicio de moral estoica La Boétie llevaba la iniciativa, el arrojo, la fuerza: cree en la grandeza del espíritu humano, se inflama por la virtud civil; no admite la coexistencia de dos religiones en el mismo reino porque teme la aparición de discordias que las rivalidades religiosas no tardarían en desencadenar.

En la carta que le escribe a su padre, al día siguiente de la muerte del amigo, hay mucha emoción: a través de la minuciosa simplicidad se advierte el recuerdo del relato noble y familiar de la muerte de Sócrates en el *Fedón*; el último encuentro de ambos se vio enriquecido por citas extraídas de Píndaro y Cicerón, de los textos griegos y latinos, sin lágrimas, sin conmociones, sin efusiones sentimentales. ¿De dónde extrae el amigo tal fuerza de ánimo? Todo lo extrae de la filosofía estoica: filosofar significa aprender a morir y la fe cristiana agrega a las enseñanzas paganas sus principios de fuerza moral: "Estoy listo para morir cuando Dios lo quiera, en la seguridad de que gozaré aquella felicidad que me habéis predicho". Montaigne, junto al lecho de muerte de La Boétie, experimenta un cierto orgullo por haber sido elegido como amigo, enrojece al sentirse menos firme, aprende que el juicio del moribundo no está en nada ofuscado por el sufrimiento. Cuando más tarde, en los *Ensayos*, en el capítulo "De la amistad", trata de definir el principio de esta confraternidad, confiesa que se le escapa, que más allá de sus razonamientos, advierte la presencia de no sabe qué fuerza "inexplicable


PETRI IVSTINIANI
PATRITII VENETI
ALOYSII F.
RERVM VENETARVM
AB VRBE CONDITA
HISTORIA.

CVM GRATIA ET PRIVILEGIO
ILLVSTRISSIMI SENATVS VENETI.
VENETIIS
Apud Cominum de Tridino Montisferrati
M. D LX.

4

PRACTICA
IOANNIS ARCVLANI
VERONENSIS
PARTICVLARIVM MORBORVM OMNIVM,
In qua partium corporis humani anatome, morbi, symptomata, causæ, ac signa, atq; omninò vniuersa medendi ratio, & remedia adeò apertè, & copiosè traduntur, vt nullum aliud opus medicinæ studiosis hoc vno esse videatur vtilius.

Instrumenta verò chirurgica, quæ in opere hic, illic ab Authore citantur, ea sunt ad finem secundi indicis depicta.

Indices duo insunt: alter quidem rerum, ac vocum scitu dignarum locupletior, quàm antea: alter vero capitulorum operis totius.

VIN CENT

Venetiis, ex officina Valgrisiana.
M D LX.

5

Sextus liber Decretalium.

Liber sextus Decretalium tum vetustis tum nouis exemplaribus collatis exacte recognitus: integritatiq; pristine restitutus exit in lucem cum scholijs: casibusq; patentissimis: et cum notabilibus sententijs ac glossis haud indecenter distinctis: quibus interseruntur nonnulle adnotationes ex vtilissima Joannis andree nouella decerpte.

Adduntur ad hunc librum consanguinitatis et affinitatis arbores: necnō vtiles doctorum sentētie non tātum textus et glossas presentes: sed et alia multa in vtroq; iure contenta resoluētes: quas arte et diligētia nuper collegit Jacobus fontanus Burgensis vtriusq; iuris mystes ex cōment[...] Archidiaconi. Jo. and. Dñici Petri de ancharano Philippi frāci Breuiario doctoris Uālzel Lectura Dyni et alioꝝ authoꝝ voluminibꝰ.

Apposite sunt etiam in calce totius operis Regule iuris cesarei numero. cciiij. Ex quibus sumpte sunt regule iuris pontificij.

Adiectas insuper literas rubro colore impressas/ac in capite textus positas inuenies: que ad alias textui insertas (quo glosse facilius inueniri possint) lectorem dirigunt.

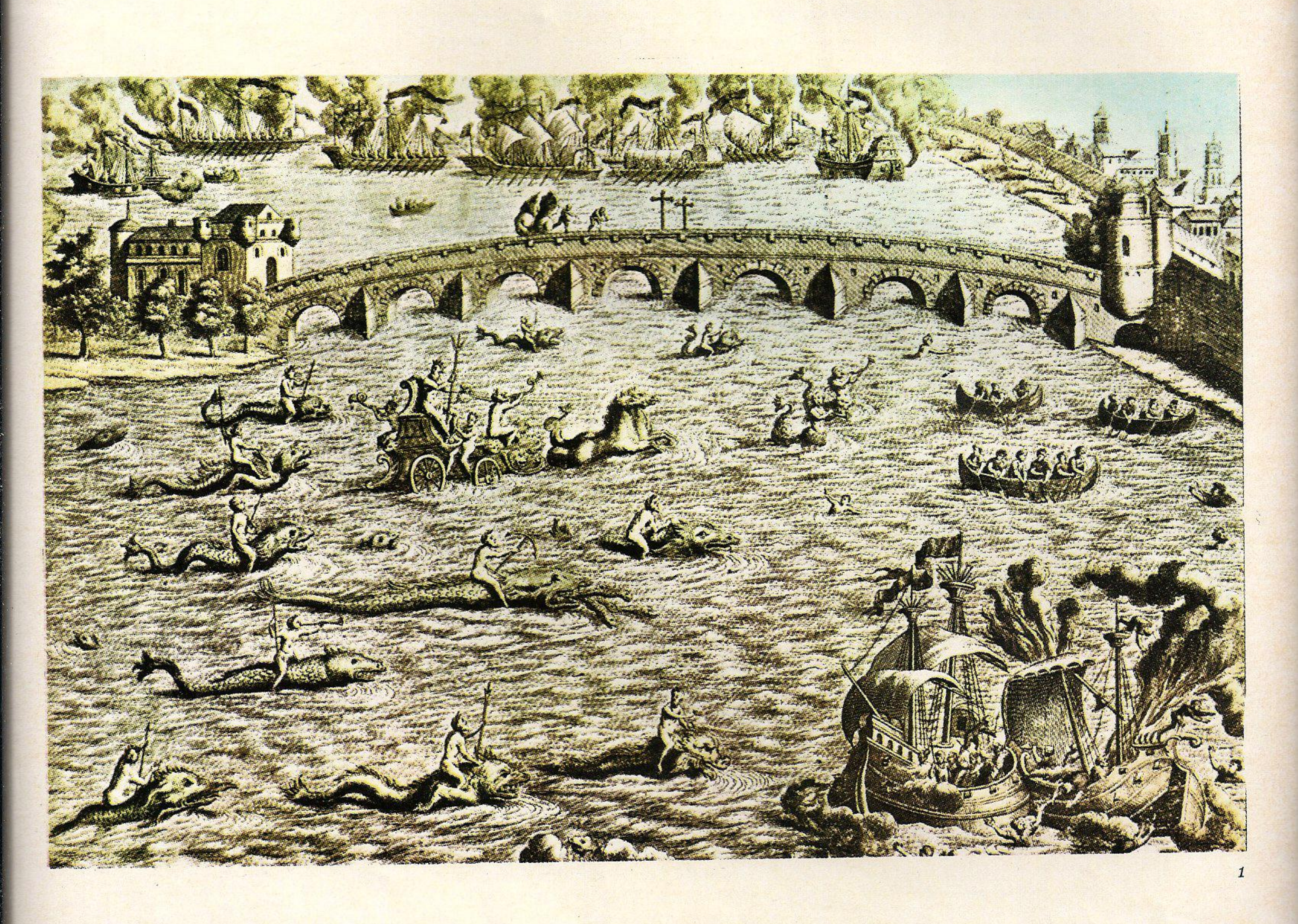
Ad lectorem distichon.
Hoc eme pre reliquis lector dilecte volumen:
Nam tibi voluenti nil nisi vera dabit.

1 5 2 8

Ambrosius. Augustinus. Gregorius. Archidiacon⁹ Joannes and. Dominicus. Pe. de ancha.

In dño cōfido. Sr. vincet

6



1

1. Anónimo. Fiesta en el mar y combate naval en Rouen, 1550, para la entrada de Enrique II y Catalina de Médici.

2. Le bal du Duc de Joyeuse, *cuadro anónimo de la época de Montaigne. En el centro se ve a Enrique II y Catalina de Médici.*

En la página 208:

1. Manuscrito de Montaigne.

2. Página de la edición de Bordeaux de los Ensayos *con correcciones autógrafas.*

3. La firma de Montaigne.



2

I C'est foiblesse a
ceder aus maus, ma
c'est folie de les nourr
Or les Stoiciens dison
que c'est uiure conuenac
blement a nature de
pour le
de se desparsir de la
qu'il soit
s'il le faict opportunement
et au fol de maintenir
pour rien qu'il soit en la plu
grande part des choses qu
disent estre selon nature
Come ie n'offance les loys
qui sont faites contre les
larrons quand i'emporte
mien et que ie me coupe
ma bourse ny des boutefeus
quand ie brusle mon bois
aussi ne suis ie tenu aus
loys faictes contre les
meurtriers pour m'auoir osté ma vie
Hegesias disoit que
come
de la vie aussi la condition de la mort
deuoit despendre de nostre eslection
Et Diogenes [illegible] le philosofe
Speusippus [illegible]
Diogenes [illegible] point de salut [illegible]
Speusippus se fit mourir [illegible]

1

ESSAIS DE M. DE MONT.

autre fin proposee : n'aduoue rien, que ce qui se faict, & pour elle seule. Nos iugemens sont encores malades, & suyuent la de nos meurs. Je voy la plupart des esprits de mon temps faire les ingenieux à obscurcir la gloire des belles & genereuses actions anciénes, leur donnant quelque interpretation vile, & leur cõtrouuant des occasions & des causes vaines. Grande subtilité! Qu'on me donne l'action la plus excellente & pure, ie m'en vois y fournir vraysemblablement cinquante vitieuses intentions. Dieu sçait, à qui les veut estédre, qu'elle diuersité d'images ne souffre nostre interne volonté. Ils le font par malice, ou par ce vice de ramener leur creace à leur portée, dequoy ie viés de parler, cõme ie pése plustost, pour n'auoir pas la veue assez forte & assez nette, pour conceuoir la splendeur de la vertu en sa pureté naifue. Comme Plutarque dict, que de son temps, attribuoient la cause de la mort du ieune Caton, à la crainte qu'il auoit eu de Cæsar: Dequoy il se picque auecques raison: Et peut on iuger par là, cõbien il se fut encore plus offencé de ceux qui l'ont attribuée à l'ambition. Ce personnage là, fut veritablement vn patron, que nature choisit, pour monstrer iusques ou l'humaine fermeté, pouuoit atteindre. Mais ie ne suis pas icy à mesmes pour traicter ce riche argument : Je veux seulement faire luiter ensemble, les traits de cinq poëtes Latins, sur la louange de Caton.

Sit Cato dum viuit sane vel Cæsare maior,

dict l'vn.

& inuictum deuicta morte Catonem

dict l'autre. Et l'autre, parlant des guerres ciuiles d'entre Cæsar & Pompeius,

Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.

Et le quatriesme, sur les louanges de Cæsar,

Et

3

y fatal" que había sido "mediadora de aquella unión".

En los últimos años de su vida, mientras dura la revisión y anotación de los *Ensayos*, Montaigne evoca conmovido la intimidad de esos años y encuentra imágenes muy felices: "Si se me obliga a decir por qué lo amaba, siento no poder explicarlo salvo respondiendo: porque era él, porque era yo". Y también: "Nos encontrábamos antes aún de habernos conocido... Nos abrazábamos llamándonos por nuestro nombre". La Boétie dejó a su amigo, como herencia, su biblioteca y sus cartas, preciosas reliquias que Montaigne, algunos años más tarde, abrirá al público.

Muerto La Boétie, parece que Montaigne buscó distracción para su dolor en una vida disipada y licenciosa; por otra parte, confiesa que también en la época de "esta perfecta amistad, los sentimientos fugaces encontraron lugar en mí". Pero llega el tiempo en el que debe decir adiós a estas delectaciones para tomar mujer.

Recordando en los *Ensayos* su matrimonio, que tuvo lugar a los treinta años, confiesa que, más que nada, se dejó casar. Porque en las costumbres el celibato es un estado de excepción. Y, sinceramente, fue obra de su "buen padre", que dirigía con tacto y autoridad la conducta de Miguel. Matrimonio de razón —él desconfía de los matrimonios por inclinación: "No veo matrimonios que fallen o se arruinen más que aquellos que marchan por el camino de la belleza y del deseo amoroso". ¡Pero atención! Amor y matrimonio no se confunden y "un buen matrimonio rechaza la compañía y las condiciones del amor, pero trata de representar las de la amistad"—. Se unió a Françoise de la Chassagne, de una familia de magistrados de Bordeaux. Y a este nuevo estado se adapta de buen grado, confiándose a la "moderación en el matrimonio". Veintitrés años después de la boda no teme afirmar: "Aunque se me tenga por licencioso, en verdad he observado las leyes del matrimonio más severamente de lo que hubiese prometido ni esperado". Ahora, ni la literatura ni las costumbres de la época daban amplio lugar a la fidelidad conyugal ni a los pensamientos de un gentilhombre, cuya gran preocupación era más bien el amor. Poseemos escasas informaciones sobre la mujer de Montaigne fuera de las que podemos encontrar en algunos párrafos de los *Ensayos*, y éstas son que ella sabía dirigir la casa y ocuparse de los bienes del marido, que sobresalía en las virtudes domésticas, no siendo una de esas mujeres frívolas que atienden a sus *toilettes* en las horas en las que deberían pensar en las comidas. Ni era él, por cierto, uno de esos maridos que, regresando "de mal humor y cansados por el revuelo de los negocios, hacia mediodía, encuentran a la mujer ocupada todavía en peinarse y ataviarse en sus habitaciones". Montaigne no aprecia las *femmes savantes*: "Si las mujeres bien nacidas me prestan atención, se contentarán con hacer valer sus propios dones naturales". Montaigne les concede ocuparse únicamente de poesía, historia, filosofía moral, "donde aprenderán aquellos razonamientos que les enseñarán a juzgar nuestros humores y condiciones, a defenderse de nuestras traiciones, a regular la audacia de sus deseos, a usar bien su libertad, a prolongar los placeres de la vida, a soportar humanamente la inconstancia de un criado, las rudas maneras de un marido y lo inoportuno de los años y de las arrugas". De las seis hijas que nacieron de este matrimonio sobrevivió una sola, Eleonora, cuya educación él dejó en manos de su mujer.

A los tres años de su boda Montaigne perdió al padre. Siendo el mayor de los cuatro hijos se convirtió en heredero universal de los bienes paternos, con el deber de pagar los legados particulares; le correspondía el castillo de Montaigne y, al mismo tiempo, el pleno derecho de asumir el nombre lo que, por lo demás, ya había hecho desde hacía unos años. La muerte del padre debió ser un golpe doloroso como lo había sido la de La Boétie, algunos años antes. Por sus reiteradas referencias, comprendemos qué afecto y veneración debió tener por ese padre al que debía tanto. El padre y el amigo están ya junto a él, como el símbolo de dos momentos esenciales de su pensamiento, que se acercan con la muerte. Parece que el afecto de Montaigne da preferencia a los difuntos, de los cuales le es lícito modelar la figura según el modelo que le agrada.

Por lo tanto, he aquí a Montaigne en los umbrales de un nuevo estadio de su vida, casado, establecido en su propiedad de Montaigne, perturbado por las dos muertes, sin lamentar —así lo afirma— las cargas públicas y la esclavitud de la corte. Esta última afirmación no deja de asombrarnos, sabiendo cómo la ambición había empujado a Montaigne a empeñarse por entrar en las luces de la corte y hacerse enviar en misiones. Pero no hay que pensar que bajo este artificio retórico permanezca constante su ambición. Montaigne abandona el Parlamento y quiere vivir como un gentilhombre en sus tierras. Decimos que él no sabe disimular suficientemente sus preferencias: como gentilhombre y, gracias a sus relaciones con la corte, conserva la posibilidad de introducirse en relaciones más amplias, más útiles, y mucho más ilustres que las que da la nobleza togada.

Quiere conformar a un ideal de nobleza su conducta y sus ideas. Abandonando el Parlamento toma partido contra un cuerpo que quiere desarrollar un papel local, y se alinea en la política de la nobleza. Para reforzarla, Montaigne desearía entrar en la diplomacia: esto explica la razón de las misiones que se ha hecho encargar en la época de su magistratura. Ahora podrá satisfacer mejor y más oficialmente su ambición —en cierto modo casi escondida por algunos años— en ocasión del viaje a Italia, realizado con la pomposa publicidad que le dará entonces el cargo de síndico de Bordeaux. Por esta fidelidad recibió, en cuanto dimitió del cargo parlamentario, el collar de la Orden de San Miguel de parte del rey. Sus temporadas en la corte habían sido numerosas mientras era parlamentario, aunque no sabemos para qué misiones. Comprendemos, en cambio, por lo que dice en los *Ensayos*, el placer que recogió.

No desprecia el ceremonial de la corte, pero su temperamento nervioso no se adapta bien a él: en el curso de una ceremonia, no es capaz de imitar la impecable inmovilidad y atención de las damas, pero se siente más bien "con los pies inquietos y al rojo vivo". Soporta de buen grado "el capote con adorno pendiente del cuello, la capa tirada sobre la espalda, una media mal estirada, afectando una fiereza desdeñosa de peregrinos adornos y poco cuidadosa del arte". No sabe mantener la reserva, falto de prudencia y de circunspección, le es propia "una libertad indiscreta de decir con razón o sin ella lo que bulle en su cabeza y prefiere juicios temerarios". Pero si se hace el balance de lo que confiesa, ¿cómo se ha de considerarlo capaz en el servicio de la corte, adaptado a un papel de importancia en la dirección y conducción de los pleitos oficiales? Se llama pequeño y feo, prefiere andar a caballo y no sabe "ni nadar, ni tirar esgrima, ni voltear, saltar, combatir cuerpo a cuerpo, bailar, jugar a la pelota". Es mediocre en las carreras, torpe en los gestos, incapaz de observar las buenas maneras en la mesa, de poner a un caballo sus arneses, de cazar con halcón; paralizado por una increíble falta de memoria, no sabe relatar. ¿Qué papel podía hacer al lado del rey? Pero no parece animado ni por el despecho ni por el rencor, y habla de los placeres que encontró en la corte. Sin embargo, no tuvo ninguno de los cargos que hubiese deseado tanto. Sólo fue, como se ha dicho, caballero de la Orden de San Miguel, y recibió igualmente los títulos de Gentilhombre de la Cámara del Rey de Francia y del Rey de Navarra.

El retiro

Por algún tiempo —él afirma que esto ocurrirá durante ese "poco tiempo que le queda de una carrera ya casi cumplida"— llevará una vida de castellano, continuando la obra iniciada por su padre, que se había entregado en alma y cuerpo al engrandecimiento de sus tierras. Montaigne se dedica a embellecer su residencia y su espíritu. En una torre de las murallas dispone su alojamiento privado, al reparo de los importunos. El azar ha querido que la torre de ese castillo, destruido por un incendio en el siglo XIX, sobreviviese junto con una parte de la pared de la muralla, a

1. Portada de la edición de 1580 de los Ensayos.

2. Retrato de Montaigne, escuela francesa de la segunda mitad del siglo XVI.

3. Portada de la edición de 1582 de los Ensayos.



ESSAIS
DE MICHEL
DE MONTAI-
GNE.
LIVRE SECOND.

A BOURDEAUS.
Par S. Millanges Imprimeur ordinaire du Roy.
M.D.LXXX.
AVEC PRIVILEGE DV ROY.

1

LE SEIGNEVR

ESSAIS

DE MESSIRE

MICHEL, SEIGNEVR

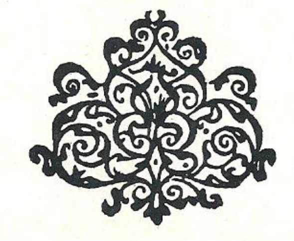
DE MONTAIGNE,

CHEVALIER DE L'ORDRE

du Roy, & Gentil-homme or-
dinaire de sa Chambre,
Maire & Gouuerneur
de Bourdeaus.

*

EDITION SECONDE,
reueuë & augmentée.



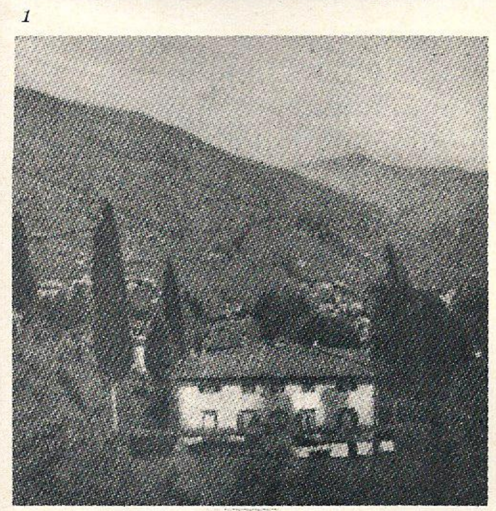
A BOVRDEAVS.

Par S. Millanges Imprimeur ordinaire du Roy.

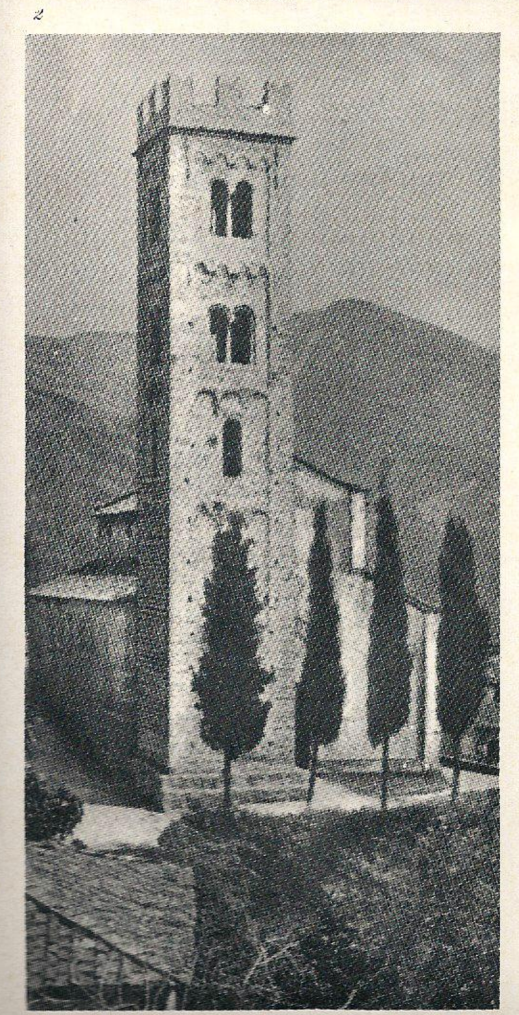
M. D. LXXXII.

Auec Priuilege du Roy.

1



2



3

lo largo del paseo que cotidianamente hacía, para permitir que lo imaginemos mejor en su tiempo: en la planta baja la capilla, sobre su habitación, que comunica privadamente con aquélla, en la mitad de un reducto cavado en la muralla y munido de una suerte de tribuna privada, privilegio del señor. En la planta alta la biblioteca, refugio celosamente custodiado, objeto de todos sus cuidados. Por las ventanas se domina la heredad y el paisaje; sobre las paredes hay cuadros y, entre ellos, un inmenso collar de la Orden de San Miguel; sobre las vigas, citas griegas y latinas, cuya elección revela una filosofía más bien pesimista y desencantada, que alude a la fragilidad y la inconstancia del hombre; sobre los escritorios, en fin, un millar de libros.
Pero, como es sabido, una cosa es separarse de los afanes de la corte y otra de los afanes de la vida. Él no había tenido en cuenta los mil fastidios de la vida doméstica; una heredad de tal importancia nunca se administra sin cansancio y Montaigne no está hecho para semejante administración: ya negligente, ya preocupado por el mínimo detalle. No se identifica "ni en el placer de edificar, tantas veces elogiado, ni en la caza, ni en los jardines". Suele atenerse a una severa gestión de sus bienes: lo vemos aplicarse en ahorrar, en atesorar, en hacer "considerables reservas según su condición" y aprende que "es más fatigoso conservar el dinero que adquirirlo".
Pero cinco años de esta aplicación hacen que su fuerza de ánimo disminuya. Su natural indolencia le juega en contra, no por filosófico desprecio hacia las cosas transitorias y mundanas, sino —como él mismo lo confiesa— "por pereza y negligencia inexcusables y pueriles". Si en mandar hay un placer, ¡cuántos inconvenientes hay en su ejercicio! Montaigne, por lo tanto, confía todos sus asuntos a su intendente. No sospecha los placeres de la jardinería y "apenas sabe distinguir entre el repollo y la lechuga"; desconoce la caza con halcón, tan en boga entre los gentileshombres. Más tarde, por cierto, lo veremos invitar al rey Enrique de Navarra a cazar ciervos en su hacienda y conocer las emociones; no puede soportar siquiera la visión de un ciervo atrapado por los perros. Entonces sólo presta atención a la crueldad de los cazadores: "El ciervo, sintiéndose finalmente sin aliento, sin fuerzas, sin salvación alguna, se rinde a nosotros que lo rastreamos, pero con las lágrimas nos pide gracia, espectáculo que siempre me ha parecido desagradable. No capturo animal vivo al que no devuelva de inmediato la libertad".
Así, entre tantas ocupaciones y distracciones, no había nada que fuese del gusto de Montaigne.
En cuanto a los amigos, Montaigne parece no haberlos tenido y es la carencia de ellos lo que más le hace sufrir, expresa a menudo. Necesita la vida de sociedad; ávido de conversaciones, de comunicarse de alguna manera, no puede quedarse solo, aun aceptando que su carácter no es de los más favorables a las ligaduras amistosas. No es que él ame a quienes frecuenta, pero los necesita, no para entregarse a ellos —esta entrega de sí le es odiosa— sino para distraerse de sí mismo. Nosotros encontramos alrededor de Montaigne, más que amigos, relaciones políticas o mundanas que alaban su vanidad, grandes señores, parlamentarios o humanistas, relaciones desaprensivas u ocasionales. Las relaciones mundanas, con todo el empeño que las fiestas reclaman en una casa como la suya, le cuestan demasiado, le son demasiado gravosas, combatido como está entre el temor por la avaricia y por el de la prodigalidad, para que las mismas puedan resultar agradables no sólo a él sino a sus huéspedes.
De todos modos, luego de su retiro en el castillo, las cosas empeoran. Los protestantes se agitan, estrechan el sitio a la ciudad del Périgord, la carestía se desborda. Sobreviene la noche de San Bartolomé, el golpe de gracia de Catalina de Médici, que obliga a los protestantes a la guerra: para Montaigne es un cruel desengaño, el derrumbe de tantas esperanzas. Ha dejado el Parlamento por el partido del rey, creyendo servir a una política de tolerancia y pacificación: todo es ahora puesto en discusión. La esperanza regresa cuando el partido real puede reconstruirse en torno de Enrique de Navarra: él se encuentra entre los más activos animadores y aprovecha sus relaciones en los diversos ambientes sociales, burguesía parlamentaria y nobleza. Se empeña directamente y se une a la armada real en Poitou, donde se le encarga una misión diplomática en el Parlamento de Bordeaux, con el fin de que éste predisponga las precauciones a tomar para la defensa de la ciudad. Una cierta satisfacción de su amor propio: ahora habla en nombre del rey frente a aquellos ante los que cinco años antes estaba en relación de dependencia, en posición de subalterno.
Pero los años pasan, la paz parece un espejismo, la carestía se agrava: 1574, 1575, 1576, 1577, la guerra, civil y religiosa al mismo tiempo, se aplaca para reanudarse sin pausa. Montaigne es bien visto por los dos bandos, es recibido con honor por Enrique II, es nombrado Gentilhombre de Cámara de Enrique de Navarra, a quien recibirá en su casa luego de la batalla de Coutras. Y en este arte de negociar da pruebas de ser un buen diplomático.
El año siguiente, se asiste al mismo alternar de encuentros y parlamentos, pero Montaigne sufre los primeros ataques de cálculos renales; esta enfermedad ocupa tanto lugar en los *Ensayos* que es difícil no hablar de ella, y resulta fácil comprender la importancia que asume en el pensamiento molesto por el sufrimiento y por la muerte que no deja de atormentarlo. Los acontecimientos dramáticos de estos años,

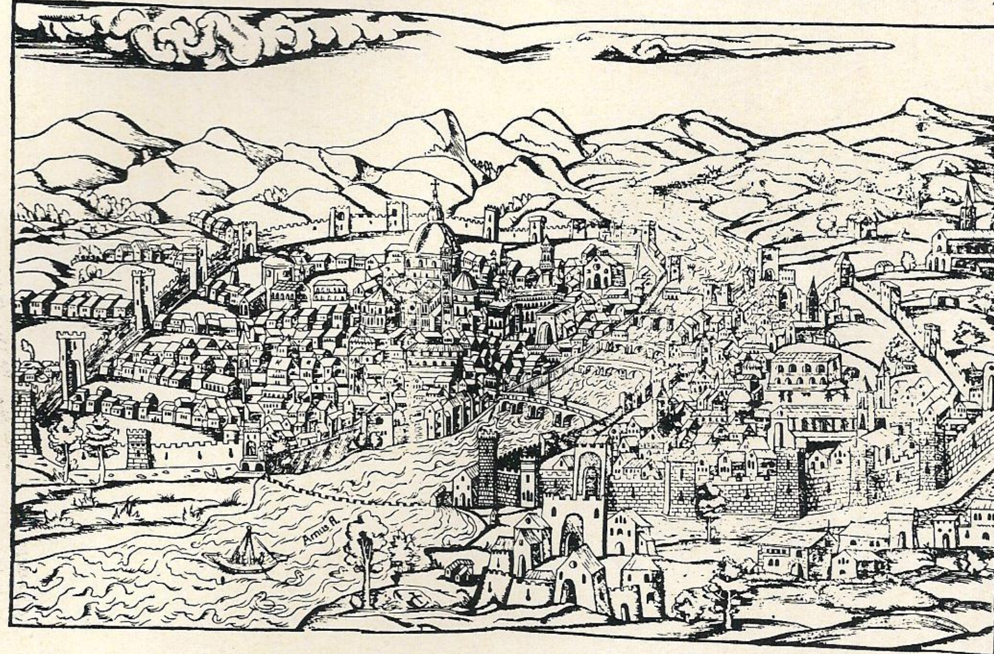
1 y 2. La villa de Buonvisi, hoy Michelotti, en los Baños de Lucca, donde Montaigne era recibido por la sociedad local durante su estada para tomar las aguas termales.

3. La parroquia románica de San Jorge, en los Baños de Lucca.

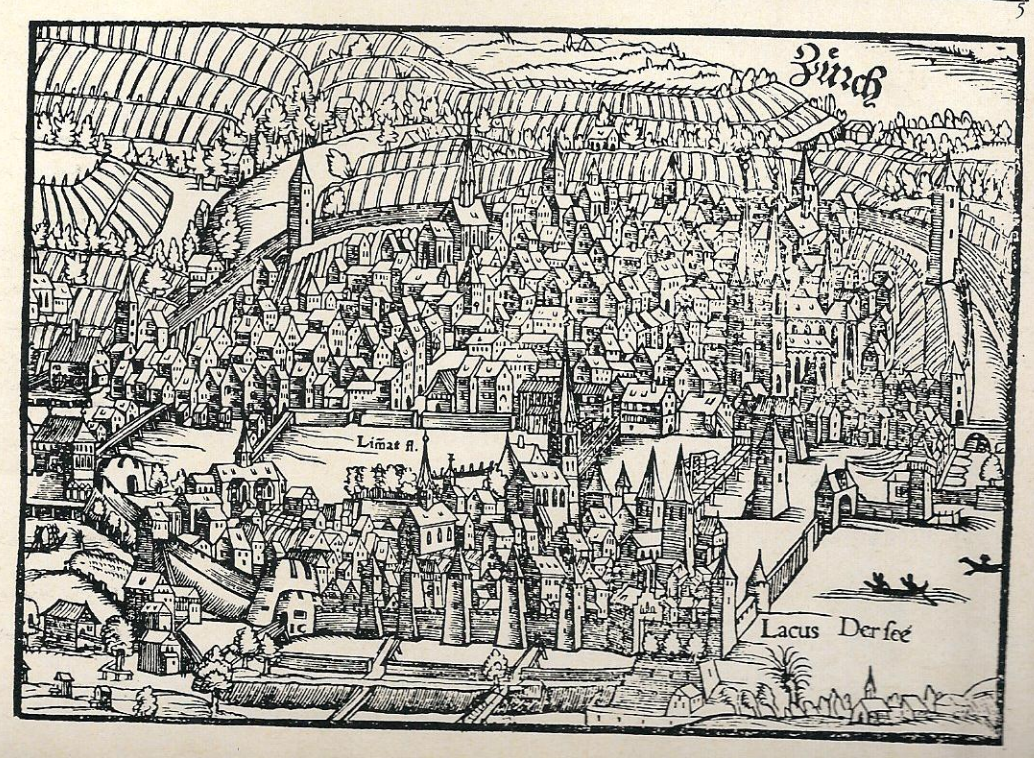
4, 5, 6. De la Cosmografía universal: *el teatro de Verona (1); Florencia (2); Zurigo (3).*

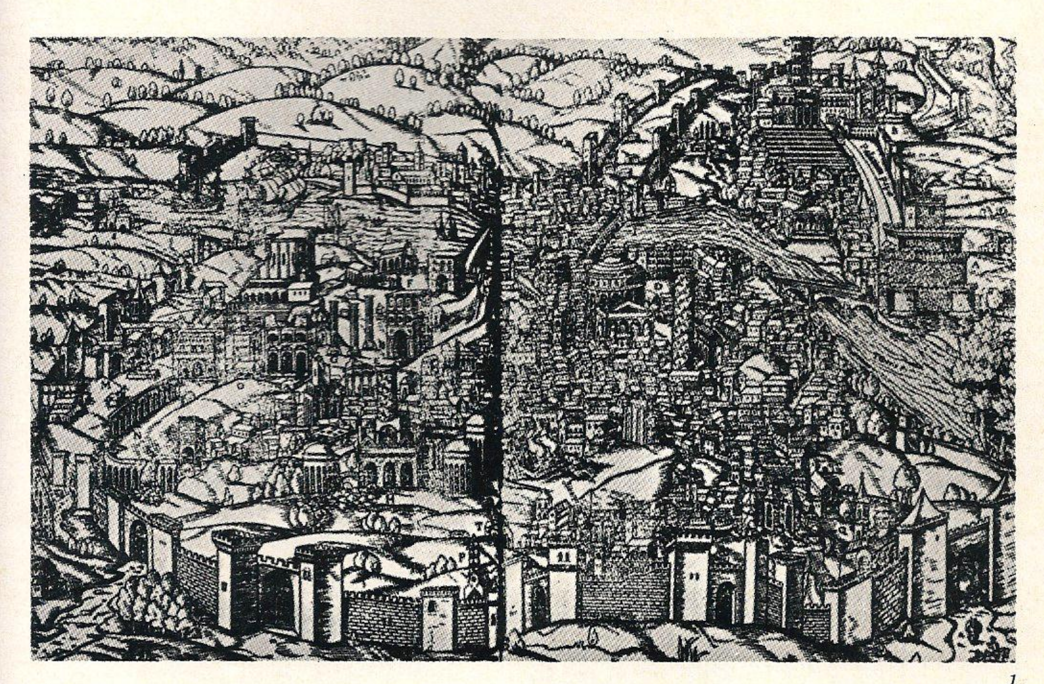


4

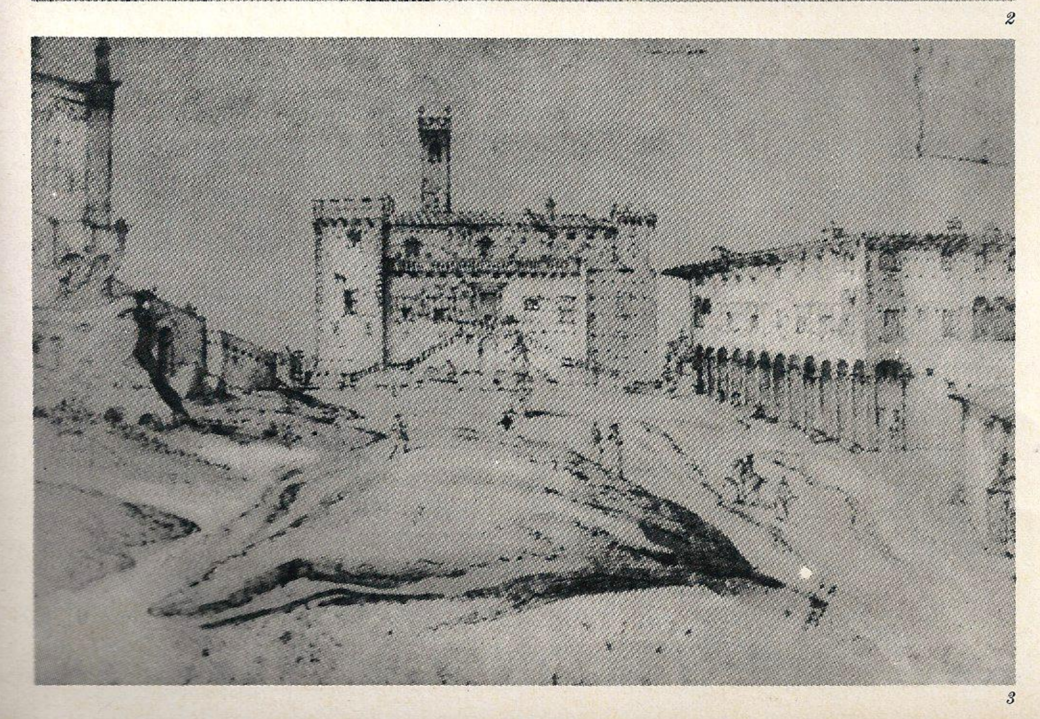


5




1


2


3

1. Roma en la época de Montaigne (de la Cosmografía universal*).*

2 y 3. M. van Heemskerck: Roma, el foro imperial hacia 1530; la colina del Capitolio (De Egger: Römische Veduten*).*

como la inmovilidad a la que a menudo se vio obligado a guardar en sus habitaciones, han incidido mucho en su estado de salud.

Fácilmente podemos ver qué repercusiones provocaron en él los hechos, con su perpetuo alternar entre paz y horrores, tanto como los fastidios de la salud. Indeciso, para nada guerrillero, seguirá siendo un fiel secuaz del catolicismo —y no será cosa de poco—; teniendo bajo sus ojos el continuo espectáculo de la sangre y el incendio necesita seguridad y resolución.

Se encierra en los libros; en los de filosofía para buscar en ellos la firmeza de ánimo, en los de historia para aprender la lección ejemplar de la experiencia, en los de poesía por la expresión imaginaria de los sentimientos. Pero tantos nombres venerados, tantas obras respetadas y todas las filosofías contradictorias se eclipsan frente a la cruda realidad. Durante años se ha dedicado a su lectura y ya no puede dar crédito a la razón humana: los hombres demuestran ser tan poco razonables. El espíritu se consume y se deshace en la contemplación perpetua de los propios temores y de las propias inquietudes; una verdadera neurosis se adueña de él, y piensa en el suicidio como en la única salida posible.

Afortunadamente, como para remover este flujo de tristes pensamientos que amenazan sumergirlo, él escribe, tira sin orden y sin conexión las experiencias de su vida activa, la amargura de su retiro, los comentarios sobre el presente y sobre el porvenir y las reflexiones nacidas de sus lecturas: todo deja su rastro, hechos privados y públicos, a menudo difíciles de descifrar pues la máscara de Montaigne los cubre demasiado bien. Debe ser prudente: ¿en qué manos irán a caer algún día sus escritos? Así, el gusto del humanista se complace en sacar conclusiones generales, más que en hacer alusiones demasiado precisas. Citas y recuerdos significan transformar el presente, pero el presente queda como preocupación dominante, y un mejor conocimiento de los hechos del tiempo arrojaría luz, para nosotros, sobre algunas páginas de los *Ensayos.*

Ensayos

La redacción se prolonga durante nueve años, sin ningún fin o plan preciso, salvo aquel de una necesaria distracción, de una reacción contra la desesperación. Ensayos largos y breves, reunidos por tenue filo de alguna idea que circula de una punta a la otra, o conectados más bien artificiosamente, y donde la conclusión de una consideración abre la exposición de otra sin una razón rectora. Todo esto junto no es más que el artificio de un hombre de letras. A comienzos de 1580 Montaigne se decide a consignar el manuscrito al cuidado de un tipógrafo bordalés: noventa y cuatro capítulos repartidos en dos libros constituyen la primera edición, con el nuevo y enigmático título de *Essais.*

Viaje a Alemania e Italia

Otra iniciativa seguirá a la publicación de los *Ensayos*: nueve años antes, había sido tomada la resolución de regresar "al seno de las vírgenes" y de encerrarse en su retiro; para este fin había sido dispuesta una torre del castillo. No fue un retiro riguroso; ir de un campamento a otro, cumplir las misiones, recibir príncipes, todo esto ocurrió en estos años en los que el frecuente regreso a la biblioteca no ha sido agradable, debido a los problemas de la vida cotidiana y a los sufrimientos morales y físicos. En estos últimos tiempos, había "caído de golpe, de una dulce condición de vida, muy feliz, a la más dolorosa y penosa que imaginarse pueda". De su padre le venía "esta predisposición a la enfermedad de la piedra" y para combatir ese cólico nefrítico ya se había dirigido a lugares de cura de los Pirineos a tomar sus aguas. Él, que despreciaba a los médicos y sus artificios, nutría cierta esperanza a pesar de las anteriores desilusiones, en las aguas termales, a las que estimaba como simple y natural poción.

Por otra parte, su temperamento inquieto se adhería con gusto a un proyecto de cambio de lugar, ya que su *librairie* no dejaba de tener la monotonía de largas jornadas de trabajo. Quiere además individualizar en la multiplicidad de lo real aquel elemento humano que ha creído poder encontrar en sí mismo y en sus libros. "Viajar me parece un ejercicio provechoso... No conozco escuela mejor para modelar la vida que proponerle incesantemente la variedad de tantas otras vidas, y hacerle gustar la perpetua multiplicidad de formas de nuestra naturaleza."

Apenas había terminado de vigilar la edición de dos volúmenes de los *Essais* cuando ya estaba listo para partir. Enrique III, solicitado ahora por los jóvenes señores de la corte, veía a Enrique de Navarra, instigado por su mujer, Margarita, tomar las armas contra él; el escenario de las hostilidades no era esta vez el Périgord sino París; la ciudad de La Fère, que había caído en manos de los Hugonotes, era ahora sitiada y Enrique III convocaba a "todos los buenos servidores". Montaigne, lealmente, a pesar de sus lazos con el rey de Navarra, respondió al llamado del rey de Francia.

Una primera etapa en París para presentar al rey sus *Ensayos,* recién salidos de la imprenta y luego, como buen servidor de la corona, se dirige al sitio de La Fère, al que deja antes de su fin, para escoltar en Soissons el cuerpo de Felipe de Gramont, compatriota y amigo, caído en batalla; desde aquí, a través de Beaumont-sur-Oise, se dirige hacia Plombières en compañía de gentiles hombres, muy jóvenes todos e intrépidos, pero poco literatos, los que por diversos motivos se dirigen a Roma. Éstos deseaban quemar etapas y estaban poco dispuestos a dejar su itinerario, mientras Montaigne tomaba gusto en retardarse, abandonarse a la singularidad de los "países desconocidos" y a los caprichos que nacen de los imprevistos del viaje. Sin duda, él hubiese preferido compañeros que participasen más de sus gustos y a los que comunicar sus propios pensamientos —además de sus cuatro compañeros había que contar a sus servidores y a los de él mismo, entre los cuales se encontraba el doméstico que lo seguía como escribano y secretario. Montaigne "no podía imprimir a ninguno de sus compañeros" el placer de ver cosas nuevas y tan dulces como para hacerse escuchar, a pesar de los rezongos, cuando "cambiando de parecer en la ocasión" proponía a estos jóvenes "sin curiosidad" cambiar la dirección del viaje por alguna cosa "digna de ser vista", y sin ellos "hubiese ido más bien a Cracovia o hacia Grecia antes que emprender el camino hacia Italia".

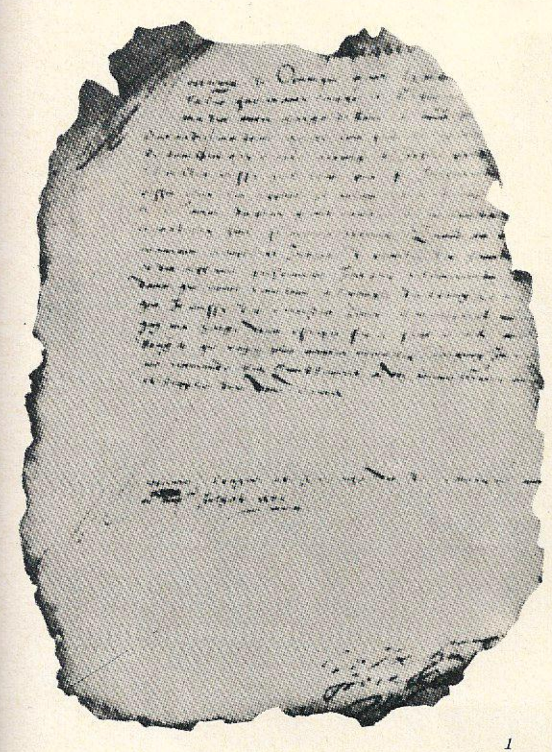
Lentamente, desde Plombières a Baden, de Baden a Padua, de aquí a Lucca, experimentará las virtudes terapéuticas de esas famosas aguas. El *Journal de Voyage* no nos permite pasar esta etapa en silencio. Durante todo el recorrido, tanto a la ida como a la vuelta, el diario consigna la repetida mención de las piedras de todo corte y forma que Montaigne, en los momentos de crisis abandonaba en los diferentes alojamientos. Son largos trayectos a caballo, hechos al paso para cansarse menos: Montaigne aprendió a hacer las "jornadas a la española", levantándose al alba, evitando pasar los ríos en botes y los trayectos que descomponen el estómago.

En Eperney encuentra al famoso teólogo jesuita Maldonat, con quien se entretiene. En Plombières hace copiar el reglamento de policía de los baños, según el cual está prohibido entrar a dichos baños con armas, de usarlos con "algún propósito lascivo o impúdico hacia las damas, señoritas y otros", y cuanto sea prostituido de "superar la distancia de quinientos pasos" "bajo pena de azotes". Se complace, pues el orgullo de la nobleza no lo abandona, en hacer pintar por su camarera "según el deseo de la nación" y el suyo propio, "un blasón en madera de sus armas", que ella cuelga sobre "la pared externa". Todo le interesa; en Basilea nota que el "servicio de mesa es diferente del nuestro. Ellos no agregan jamás agua al vino y creo que tienen razón". Luego, la descripción feliz de la ciudad de Baden, donde no deja de admirar a las mujeres "bellas, grandes y rubias" venidas sin duda aquí menos por motivos de salud que por necesidad de placer". Lucca lo conquista; allí se burla de los médicos que le ruegan "escuchar sus opiniones y controversias", pero admira el lugar donde puede hacer agradables paseos y ofrece un baile en honor de la juventud

1. Carta de Montaigne a los jurados de Bordeaux.

2. Casa de Bordeaux donde vivió Montaigne

3. Trajes de la época de Montaigne



1

del lugar. Hace estudios comparados de costumbres, muy pertinentes, entre los baños de Roma, Baden y Padua.
La energía del enfermo es verdaderamente admirable, su buen humor raramente se ve alterado, el gusto por vivir es siempre el mismo, el apetito no le falta, a pesar de las crisis y las curas. Dócil a todos los usos y todas las cocinas, se sabe conformar en cada ocasión con un "trozo de pan y un grano de uva", pero aprecia también el alojamiento de Lavanella, "el mayor de Toscana". Es sensible a los homenajes culinarios que le hacen, como a un barril de buen vino acompañado con perdices y alcauciles por parte de las religiosas de Ramiremont, o "un caballo cargado con bellísimas frutas entre las que había excelentes higos", y piensa embotellar un vino exquisito que le envía un señor de Lucca. Ajustándose frente a los imprevistos del viaje, que eran detestables, olvida pronto las incomodidades del camino cuando la variedad continua del recorrido le ofrece cada día un nuevo espectáculo. Luego de Montaigne, son muchos los escritores que dejaron una descripción de sus viajes a Italia como, por ejemplo, Chateaubriand, Taine o Barrès, cada uno con un propósito determinado. Más modesto, él satisface su natural curiosidad hacia los habitantes y las costumbres, hacia los objetos y los países, siempre entretenido, siempre alerta, recordando todo. Frente a tantas usanzas y costumbres tan pintorescas y contrastantes, se alegra de su natural desdén por los prejuicios.
Viaja para conocer y comprender, para observar y confrontar, se encuentra cómodo y no aborrece de nada. Lejos de huir de la compañía de extranjeros la busca y le agrada.

Todo le parece lindo y se alimenta con todo lo que le es nuevo, singular, imprevisto; en Basilea, por ejemplo, la casa del médico Platerus, con sus cuadros, su notable herbario, la operación de hernia hecha a un niñito "tratado muy rudamente por los cirujanos", la descripción de una habitación de su posada, la preparación del *choucroutte*, los diferentes modos de sacar el agua de un pozo o de hacer girar el "spiedo".

A través del valle del Inn se introducen en el "corazón de los Alpes" y no se entretiene en describir el paisaje más ameno que había visto. Aquí es un monumento, allá una comunidad religiosa, el interior del castillo de Trento, la escuela de armas y de caballería de Boloña, la villa del Granduque de Florencia con su gruta, los jardines, las fuentes, la pajarera, y Florencia, y Siena.

En Roma, donde se agita por llegar, su emoción y sus reflexiones sobre las antiguas ruinas no le hacen olvidar la ciudad viva, donde anda vagabundeando; es recibido en la corte pontificia, asiste a la misa de Gregorio XIII, describe las escenas que ha visto en las calles, visita la biblioteca del Vaticano, asiste a un sermón y a la defensa de un doctorado, y no oculta su placer al recibir el "título de ciudadano romano".
En Augusta, como en Venecia, no olvida notar la falta de belleza de las mujeres y de asombrarse, mientras las mujeres romanas le parecen "más graciosas". Llegado a Roma para un segundo descanso, encuentra una carta de los jueces de Bordeaux quienes le informan sobre su nombramiento como síndico de la ciudad. Montaigne, por instinto, teme las incomodidades que son inseparables de los honores, pero se entrega a la dulce violencia cuando el embajador de Francia en Roma insiste, en nombre del rey. Renunciando a bajar hasta Nápoles, debe retomar el camino para llegar en menos de un mes y medio a su castillo, luego de una ausencia de diecisiete meses. Lo esperaba una carta en la que el rey Enrique III, felicitándolo, le mostraba como un deber el aceptar el nuevo encargo.

Síndico de Bordeaux

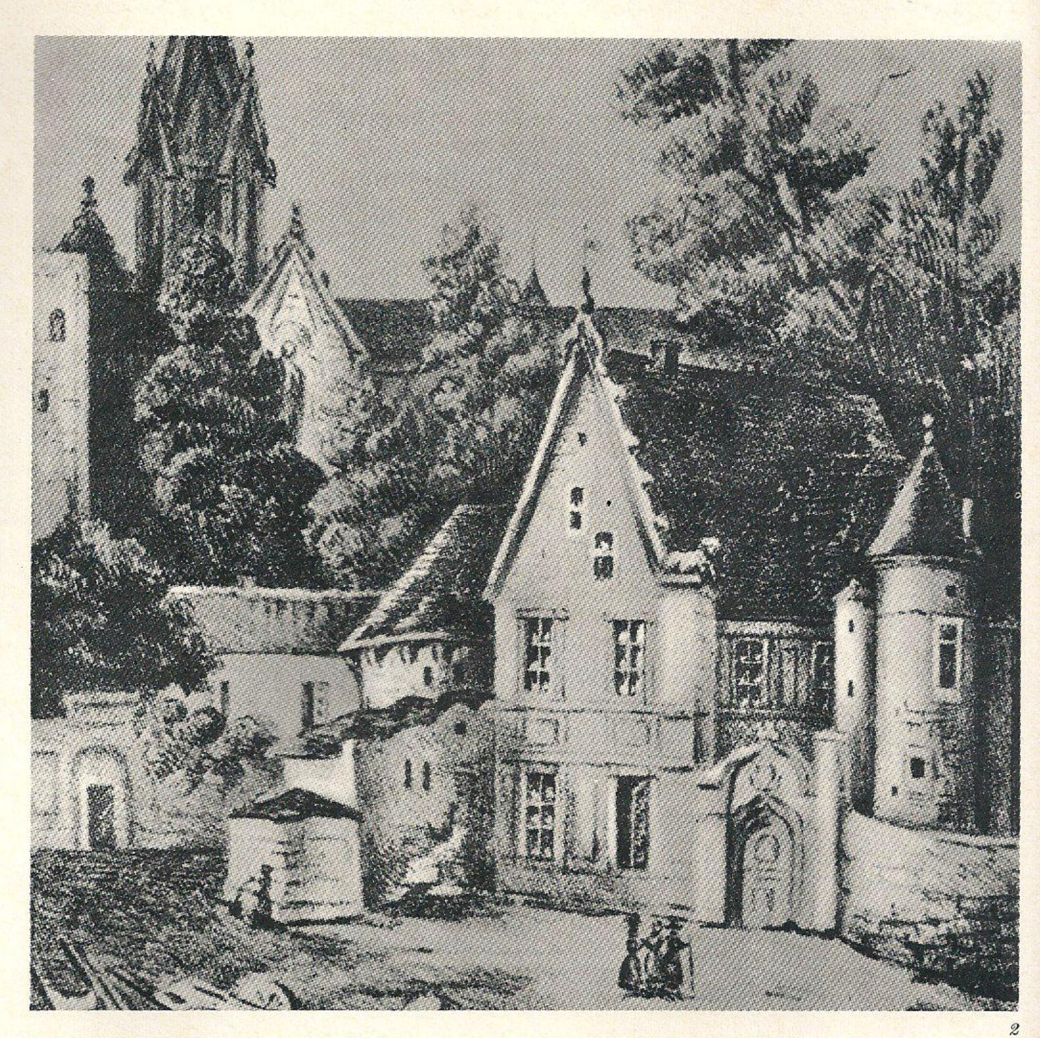
Luego de poner orden en las cosas domésticas, Montaigne deja su castillo para ir a Bordeaux. La situación no era de hecho fácil, pero él era el único capaz de conciliar la política real con la municipal. Los años de 1581 a 1582 constituyen un período de relativa calma en la región. Montaigne mismo se encuentra en mejores condiciones morales y físicas que en el momento de su partida para el largo viaje. Finalmente, puede jugar un papel de diplomático, poner en práctica su "arte de entablar relaciones" tanto como las ideas directivas de su existencia. Logrará hacer aceptar por todos su autoridad, a pesar de las nuevas dificultades de la guerra de la Liga. Un magistrado de la Cámara de Justicia, de Thou, declara en sus Memmorias haber "aprendido mucho de Miguel de Montaigne,, entonces síndico de Bordeaux, hombre franco, enemigo de toda estrechez, que es extraño a cualquier cábala; por otra parte, muy experto en nuestros negocios, principalmente en los de Guienna, su patria, que él conocía a fondo". Y no es éste un pequeño elogio, porque parte de un juez de primer grado. Reelecto en 1583, su magistratura será menos tranquila, debe intervenir ante el rey a causa de la miseria de la ciudad, provocada por los nuevos acontecimientos.
La situación empeora en la región, donde el partido del rey de Navarra está en agitación. Las intervenciones ante este último no son siempre coronadas por el éxito. La situación de Montaigne es delicada; recibe en su castillo al rey de Navarra, apronta en su honor una partida de caza y a pesar de las ofertas de su huésped, su lealtad queda intacta. El síndico vive con aprensión, pero no carente de vigilancia y de celo. A las pocas semanas de haber finalizado su mandato, la peste se abate sobre

la ciudad y se propaga rápidamente. Montaigne está ausente y no estima como deber regresar a la ciudad. Permanece en las cercanías, sobre la orilla derecha del río, y escribe a los jurados que se atienen a sus disposiciones. Esta abstención se le ha reprochado mucho. Los contemporáneos sin embargo, no repararon en que él, retirándose en otra parte, faltase a los deberes de su oficio: el cuidado de las medidas sanitaras requeridas en casos como éste era incumbencia de los jurados, no del síndico. Algunos hubiesen querido que estuviese presente junto a la población afligida por el flagelo, para tener un nuevo motivo de admiración.

La peste alcanzó la región de Montaigne; el castillo debió ser abandonado en custodia y el filósofo con su familia debió marcharse en busca de un refugio, "suscitando el horror —expresa— en cualquier lugar donde pidiésemos asilo, obligados a cambiar de residencia ni bien alguno del grupo empezase a advertir los primeros síntomas". Luego de seis meses pudo regresar a Montaigne, pero sólo para encontrarla en guerra civil. Todo el pueblo fue saqueado. Por su moderación, Montaigne resulta sospechoso por ambas partes. Afortunadamente, su salud no sufrió contratiempos, y pudo enfrentar estas sacudidas con serenidad: se volcó a escribir nuevos ensayos, cuyo material y ocasión proveían las diversas experiencias de su vida, luego de la publicación de los dos primeros libros, en 1580.

A comienzos de 1588, Montaigne se dirige a París por la publicación de su libro. La Liga triunfa en la capital que es abandonada por el rey. Montaigne es recluido por algunos días en la Bastilla; liberado por la intervención de la reina madre y del duque de Guisa, se une a Enrique III en Chartres y en Rouen, y luego regresa a París. Durante esta estada parisina, en ocasión de la nueva edición de los *Ensayos*, encontró por primera vez a mademoiselle de Gournay, una joven mujer de la Picardia que le expresó la "estima que ella sentía por su persona y por su libro". Montaigne, profundamente tocado por este homenaje, la tomó como a su "hija por elección", así como en un tiempo había considerado a considerado a La Boétie como a su "hermano por elección". Montaigne sentirá mucho afecto por Marie de Gournay y ésta sacará provecho de la estima del autor de los *Ensayos*.

Montaigne, luego de una estada en Blois, donde debían detenerse los Estados Generales y donde fueron sucesivamente asesinados el duque de Guisa y el rey Enrique III, había regresado a Guienna; Enrique de Navarra, convertido en rey Enrique IV, se había empeñado en la lucha contra la Liga. El nuevo rey y el filósofo se cambiaron cartas y queriendo el rey hacerlo consejero suyo, Montaigne se negó, sobre todo por su estado de salud.



2



3

1. Luis de Lorena, príncipe de Falcebourg y duque de Guisa.

2. Enrique IV.

3. Enrique III.



2



1



3

De regreso a sus tierras debido a su enfermedad, Montaigne se dedica otra vez a los libros y las conversaciones doctas, con Pierre Charron en particular. Retomando su obra, anota en los márgenes reflexiones, agregados, correcciones. Preparaba así una nueva edición de los *Ensayos*, la que vería la luz en 1595, póstuma. Vio aproximarse la muerte sin gran preocupación: sus fuerzas se apagaban y lo abandonaron el 13 de setiembre de 1592, a los cincuenta y nueve años.

Los Ensayos

Todo cuanto hemos dicho de la vida de Montaigne vale para hacernos comprender el íntimo carácter de los *Ensayos*: no hace falta considerarlos como un tratado de filosofía sino como memorias. Él mismo, al presentarlos al lector los anuncia desde las primeras líneas como "un libro de buena fe". ¿Se trata de una profesión de modestia? Es verdad que nos encontramos delante del retrato de un alma y que, a través de ésta, encontraremos la naturaleza humana.

En realidad, la lectura de ciertas páginas muestra un cuadro de humanidad total, hasta el punto de hacernos olvidar al mismo Montaigne, perdiendo de vista al hombre del siglo XVI o el hombre antiguo. Incluso cuando habla en primera persona, se piensa de inmediato que se trata de un artificio estilístico, ya que los pensamientos expresados son tesis que sobrepasan al "yo", para abrazar al universo humano. Por lo demás, al mismo tiempo, él siente en sí dos "yo" diferentes: "La multiplicidad y las contradicciones que vislumbran en nosotros han hecho que algunos nos atribuyan dos almas." En este diseño esfumado y cambiante nosotros no sabemos cómo detenerlo: habla de acontecimientos, de lo que más le llega, de su madre, su mujer, sus hijos, y es parco en las confidencias. Es aún necesario convenir que no hubiese podido asir al hombre si antes no se hubiese conocido a sí mismo. Defendiéndose de las hipocresías que desvían y de las vanidades que engañan, Montaigne nos ha dejado una imagen llena de verdad. Una vida extraordinaria circula en sus páginas, y tanto en la fuerza como en la debilidad este cuerpo, este espíritu, este corazón, están muy cerca de nosotros.

Él no soporta ninguna constricción: "La libertad y la pereza son mis principales cualidades". Tiene sus días de orgullo, de dudas o de indiferencia. Habla de su padre con devoción, quiere gustar, proclama la "amistad conyugal" y el culto a la amistad. Así nos hace entrar en la atmósfera cotidiana de su vida. Tal es el fruto de esta sinceridad, de esta libertad de palabras, que él arrastra en su estela. Lejos de representar al hombre abstracto, al pintar al hombre individual atrapa al Hombre.

El humanismo de Montaigne

Escribe en el ensayo *Sobre las oraciones* (Libro I, cap. LVI) "se encuentra más a menudo entre los teólogos el error de escribir de manera demasiado humana, que entre los humanistas el error de escribir de modo poco teológico"; escribir como humanista es, pues, limitar la propia perspectiva a lo que es humano, pero comprendiendo *todo* lo que es humano.

El humanismo es el sentimiento de la grandeza del pasado, esta suerte de vínculo familiar que nos reúne con él. De aquí su gusto por los libros, que le permiten este viaje incesante a través de los siglos desaparecidos, como el viaje que luego hará a través de las bibliotecas y de las ruinas, el Vaticano y el Foro. El humanismo es también el secreto develado de la geografía, de las ciencias: "Creo que nuestro conocimiento es débil en todos los sentidos; no penetramos con nuestra mirada en el porvenir ni en el pasado, nuestra vista poco abraza y poco ve, y resulta corta tanto con respecto a la extensión del tiempo como a la de la materia... ya que aunque todo el retazo que nos ha llegado del pasado fuese verdadero y conocido por alguien, sería menos que nada en comparación con lo que ignoramos".

El humanismo busca en la antigüedad modelos de vida y de acción, elige sus héroes entre los más humanos. El humanismo de Montaigne no es una copia: es y permanece original: "Si abrazo en mi razonamiento las opiniones de Jenofonte y de Platón, no son éstas las de ellos sino mis propias opiniones". "La verdad y la razón son patrimonio común; no pertenecen a aquellos que primero las han afirmado más que a quienes las reafirmaron a continuación". "Las ideas más firmes y generales que yo posea, son aquellas, por así decir, nacidas en el parto conmigo. Son natural y enteramente mías. Las he producido desnudas y simples, por una producción ardiente y fuerte, pero algo oscura e imperfecta; por lo tanto las he fortificado y consolidado a través de la autoridad ajena y los rectos pensamientos de los antiguos, con los que me he reencontrado conforme en el juicio". Así, no deja que los libros usurpen lo que pertenece a la vida, ya que ésta vale más que aquéllos. He aquí por qué, cuando trata sobre pedagogía, confía al niño a la vida, no a los libros. Ella forma al hombre y no una memoria obstruida, un reflejo sin vida del saber ajeno... Pero apelará al empeño personal, a la observación directa, a la experiencia.

La Naturaleza, la vida, la libertad: éstos son los componentes del humanismo de Montaigne, como de su pedagogía; él busca el sentido en los hombres de una época para transmitirlo al hombre de mañana.

La política

Ahora bien, si se quisiera buscar una política en Montaigne, aparecería de inmediato que, sin haber jamás pretendido escribir un tratado, toda su obra trata de política: son numerosos los ensayos, los capítulos que bien o mal enfrentan esta materia. También aquí, como para todas sus ideas, los libros y la experiencia son sus maestros: Plutarco y la experiencia como síndico de Bordeaux, las guerras civiles que han ensangrentado la región, su pueblo, y aquéllas conocidas a través de los historiadores romanos. Admira a Bodin, conoce a Platón y a Aristóteles. En su estudio de la historia adquiere conciencia de que todo es relativo al tiempo, al lugar, y nada hay nuevo bajo el sol.

Con respecto a la política general, constata que los hombres se distinguen por naciones; pero va rápidamente más allá de esta distinción "no porque lo haya dicho Sócrates sino porque así lo siento yo mismo... estimo a todos los hombres como a mis compatriotas... y abrazo a un polaco como a un francés, posponiendo el vínculo nacional a aquél común y universal". Pero de estas naciones, hace falta reconocer que "la virtud asignada a los hechos humanos es una virtud con facetas, pliegues y cantos múltiples, para aplicar y ligar a la humana debilidad, ambigua y artificial, no unívoca, neta, constante, ni puramente inocente". ¿Tiene cierto maquiavelismo? "Sí, moderadamente", ya que "no es malo para los partidos justos conseguir votos con astucia".

No cree en la excelencia ni en la justicia de nuestras leyes. Pero ley y justicia no tienen nada que repartirse; mucho menos ley y razón. "Las leyes conservan su crédito no porque sean justas sino porque son leyes y, quien obedece a la ley porque es justa, no le presta la debida obediencia". ¿Cómo se forman las leyes? "La sociedad humana se atiene o se pliega a cada condición, a cada orden en el que se disponga; los hombres se superponen unos sobre otros, se alinean agitándose, enlazándose, como objetos reunidos o, acaso, metidos en una tinaja sin orden, y encuentran por sí solos el modo de reunirse y disponerse unos sobre otros mucho mejor de como hubiese podido hacerlo el arte... La necesidad ordena a los hombres y los reúne: esta costumbre fortuita toma luego forma en las leyes".

Realista, Montaigne se preocupa bastante poco por un gobierno ideal, pero en el magnífico elogio hecho al soberano filósofo Juliano el Apóstata, puede decirse que dirige su preferencia hacia el despotismo ilustrado. Sigue siendo de todos modos un humanista, no deja de hablar de la virtud de los antiguos, de la virtud de los salvajes, inventa el ficticio país de Lahontan, donde se vivía sin diferencias sociales, sin escribanos, sin médicos, antes que la civilización interviniese para corromperlo todo. En un mesurado equilibrio refiere al caso de la dirección de esta maquinaria tan delicada, porque: "inferir de la bondad de

una sola vida una bondad válida para todos, es una mala conclusión. Un hombre que se conduce bien no conduce bien a los otros, y escribe ensayos aquél que no sabría causar efectos". "Quien encontrase el modo de elegir a los hombres mediante la razón, establecería, por esto mismo, una forma perfecta de policía".

Moral y razón

Muchas veces se ha dicho y repetido que Montaigne debe ser puesto en la lista de los escépticos, que se podría esperar que no quiera oír hablar ni de religión, ni de moral, más allá de aquélla de la naturaleza o del placer. Hemos visto cómo, en su viaje, atrapa cada cosa observando y asimilando con gran curiosidad todo: en Roma, el grupo de penitentes que se flagelan, la ceremonia de la circuncisión, la misa pontificia de Navidad en la basílica vaticana; hay en Montaigne algo así como una sonrisa a flor de labios que evita cualquier juicio, cualquier aseveración; en efecto, a todo esto, sonriendo, le murmura: *que sais-je?*

Sabe además que la naturaleza es buena, que no hay guía más prudente ni más justa: "Dios —escribe— manda el frío según la costumbre y me da las pasiones según el modo que tengo de sostenerlas. Habiéndome dejado descubierto por un lado, la naturaleza me ha cubierto por el otro". Pero cuando habla de niños, no se refiere a ellos ciegamente, sino va buscando en su inocencia lecciones de moral. Sabe muy bien cómo resultarían si se los dejase librados a sí mismos: crueles, tiranos, traidores.

Pero cree en los valores de la virtud: "Me parece que la virtud es algo más noble que la inclinación a la bondad que nace en nosotros. Las almas autodisciplinadas y bien nacidas señalan el mismo curso y muestran en sus acciones el mismo rostro que las virtuosas. Pero tiene un sonido en cierto modo mejor, más vivificante que el dejarse conducir por una feliz disposición, dulce y plácidamente, en pos de la razón... pues parece que el nombre de la virtud presupone dificultad y contraste, y que aquélla no pueda ejercitarse sin elecciones. La virtud rechaza como compañía a la facilidad, y esta suave, dulce pendiente por la que se conducen los regulares pasos de una buena inclinación natural, no es la de la verdadera virtud. Ésta reclama un áspero y espinoso camino, comporta dificultades externas contras las que hay que luchar... o las dificultades internas que aportan los apetitos confusos y las imperfecciones de nuestra condición". Es imposible oponer mejor la virtud y la naturaleza ni preferirla más netamente.

Queda inevitablemente por señalar, en razón de su gravedad, el problema del grado de sinceridad de Montaigne en sus escritos. Ciertamente, sería extraño poner en discusión la cuestión, una vez que se ha visto con qué desenvoltura —iba a decir con qué cinismo— habla de sí mismo, inexorable en la honestidad con que considera y analiza sus propias características físicas, intelectuales y morales— irreprochable en el análisis de su búsqueda y consideración en clave humanista—. Pero toda vez que Montaigne habla del catolicismo, del protestantismo, lo hace en sentido político, que es inseparable de esta época cruel de guerras de religión. En cada caso, la controversia sobre este punto no es actual y nosotros no podemos más que aportar una contribución de aproximación y de buena voluntad. Sin duda, Montaigne no mantuvo siempre el mismo lenguaje: ¿se trata de prudencia y habilidad, de deliberada voluntad con el fin de subrayar los aspectos múltiples de las cosas, obligado por aquella memoria que él declara poco fiel?

Por su parte, profesó sin pausa el horror por la mentira: ésta es vergonzosa y no deja de crear dificultades cuando, por ofuscación de la memoria, no recordamos la mentira que hemos dicho. De todos modos, parece empeñado en hacer profesión de claridad, de franqueza, no disimula lo que piensa: "hasta tanto la conveniencia lo consienta, haré conocer aquí mis inclinaciones, mis sentimientos; pero con mayor libertad y placer informaría a quien lo desease. Hay tantas cosas en estas memorias que, si se presta atención, se encontratará que todo lo he dicho, todo lo he indicado. Y aquello que no puedo explicar lo señalo... Nada dejo por desear, por adivinar de mí".

Sin embargo —reconoce— por una razón o la otra se ha visto obligado a no hablar sino a medias: "a menos que en algún caso no tenga obligación particular de decir las cosas a medias, confusamente, de manera discordante", y para hacer más sutil esta curiosa sinceridad, nos recomienda, al narrar sus pequeñas historias, prestar atención "a una cierta apariencia" que les insufla. Por lo que afirma les ha dado un alcance más amplio que el que afecta atribuirles. Esas historias "no las contemplo sólo por el uso que les extraigo. A menudo llevan, más allá de mi propósito, el semen de una materia más rica y valerosa, y dejan de lado un tono más delicado, y pienso que si no quiero explicar más es por aquellos que adivinarán mi intención".

A pesar de su advertencia, admitámoslo, no sentimos estar sobre un terreno más seguro. ¿Qué dice en sus *Ensayos*? Montaigne se ha proclamado insistentemente como buen católico —su *Viaje a Italia* lo atestigua— y murió como católico. Sobre este punto no quepa ninguna duda. Como aclaración tomamos tres hechos: en 1562 la reina Catalina de Médici apenas ha promulgado "este célebre edicto para nuestras guerras civiles", como lo define el mismo Montaigne; la concesión que tal edicto hace a los protestantes no sirvió para impedir la masacre de Vassy. El rey fue retirado de Fontainebleau por el partido de Guisa y conducido a París. El 13 de mayo, el Parlamento de París decide exigir a todos sus miembros el juramento de adhesión a la fórmula católica redactada por la Sorbona en 1543. Montaigne, que entonces se encuentra en París, no es retenido porque no forma parte de la corte, sino del Parlamento de Bordeaux. Pide ser admitido y presta juramento el 12 de junio.

Durante su descanso en Roma es recibido por el papa y se muestra no poco halagado. En esta ocasión somete los dos primeros libros de los *Ensayos* a la censura del Santo Oficio. Ventajosa precaución ya que la censura pontificia se muestra más liberal que la de la Sorbona. Alguna crítica y observación graciosa, alguna corrección de detalle, y los *Ensayos* están garantizados contra la criba de los teólogos franceses. Los censores —escribe— "me invitaron a no aprovechar la censura de mi libro, ya que otros franceses les habían advertido de cómo la obra contenía muchas tonterías, y de cómo valoraban mi intención y mi afección por la Iglesia, tomando muy en cuenta mi franqueza y conciencia".

En fin, sintiendo próximo el fin, convoca a algunos gentileshombres y hace oficiar misa en su habitación. Citamos el relato de Pasquier, quien evoca la escena según el testimonio de la viuda de Montaigne: "En cuanto el oficiante hubo llegado a la elevación de Corpus Domini, el probrecito se abandonó como pudo, como un peso muerto, sobre el lecho, con las manos juntas, y en este acto extremo rindió su alma a Dios".

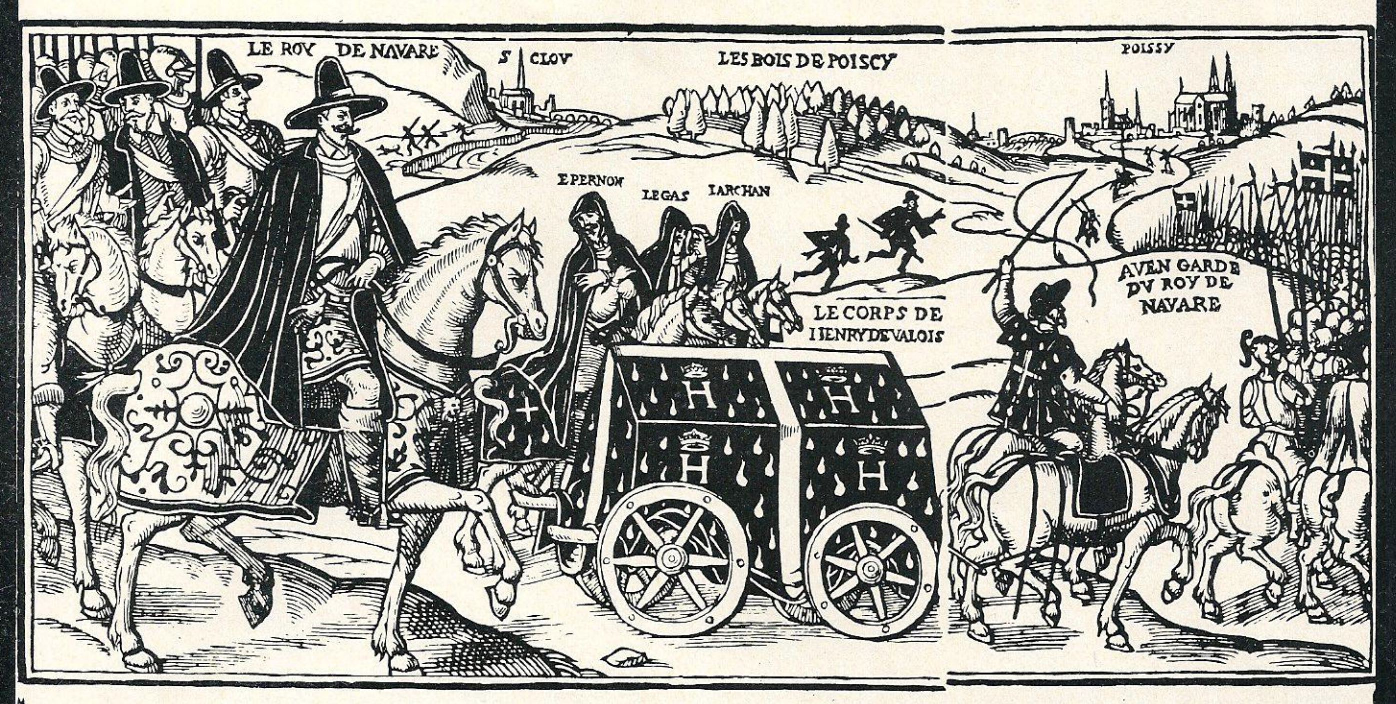
Pero, bajo la influencia del padre, Montaigne había escrito una *Apología de Raymond Sebon*, apología muy singular, dado que tiende nada menos que a demostrar la autoridad de la razón, precisamente allí donde en ella pretende apoyarse Raymond Sebond.

Si Montaigne termina contra el ateo y el protestante, en favor del catolicismo, lo hace en nombre de un escepticismo interior y tomando como tema la utilidad de continuar creyendo y haciendo lo que nuestros antepasados hicieron y creyeron para el mayor bien de los individuos y de su comunidad. Apología de los libros, sacando la confesión de la argumentación.

Por otra parte, cuando habla de la muerte y de la inmortalidad, Montaigne tiene el aire de no creer en absoluto. Se atiene más bien a los argumentos de un epicúreo, donde el alma muere o por lo menos la memoria desaparece con la vida. Después de la muerte, no se recuerda nada de lo que se ha sabido y se ha hecho. La muerte es absoluta inconsciencia, reposo eterno. Por lo tanto, para nosotros es como si no existiese. ¿Pueden conciliarse estos argumentos con el espíritu del catolicismo?

La moral de nuestro protagonista es pagana, indudablemente. Nos invita a someternos a la naturaleza sin cautelas, sin aludir a la prudencia —casi podría decir a la des-

Le depart du Roy de Nauare, du bourg .S. Clou & la conduite du corps de Hanry de Vallois
à poiſſy Accompagné du deſeſperé Depernon Du gaſtz & de Larchant & leurs allies.



L'homme a quelque grandeur quil puiſſe paruenir!
Soit par leffort des Armes, ou par ſucceſſion,
De mourir chacun Iour, il luy fault ſouuenir:
Et que ſubiect Il eſt, à Putrefaction.
Parquoy durant letemps. Dvne tant briefue vié,
A employer ſes Ans à bien faire ayt enuie.

Las! nous le voyons bien! Entre nous Depernoni
Du gaſtz, & de Larchant, ala Mort dun tel Roy,
Qui tant ſe promettoit, d'eſleuer noſtre nom,
Nous ne luy ſcauriõs moins, quapreſter vng charoy
Et tous ſes officiers, le conduire à Poiſſy,
Auec Dueil, Pleurs, et Larmes, ayns le cœur tranſy

Combien ceſte grand' trouppe & armee furieuſe,
Par laquelle eſperoit, ſoubz boulleverſer Paris,
L'accompagnant ſera, grandemant doulloureuſe!
En pleurs ſe ſont changes Leurs deſeſperes Ris,
Et ce Roy Nauarrois qui le maine à compiegne,
Preine exemple ſur luy qu'ainſi ne luy en preigne.

A Paris par Rland Guerard, & Nicolas preuoſt, Demeurant ruë Montorgueil au bon Paſteur.

1

1. Enrique IV durante los funerales de Enrique III.

confianza— que los moralistas católicos profesan habitualmente en este campo. Esto sin hablar del problema particular del suicidio, que la moral cristiana condena como acto criminal: no sólo Montaigne no lo condena, sino que muestra su admiración por alguno de los más célebres suicidas de la antigüedad.

Así, seguirlo por este camino en el que se reservan las propias opiniones y no se da fe a lo que el buen sentido y la propia razón nos fuerzan a creer, es avanzar sin cautela por el camino que podría parecer de la ortodoxia cristiana. Leámoslo con confianza —él es sincero pero con prudencia o, más bien, con inteligencia, comprendiende cómo aquí ironiza, allá emplea la cautela, más allá dice una cosa para sugerir otra, diferente o inclusive opuesta, y cómo, en fin, nos invita a adoptar cierta posición incluso conservando y cultivando ideas y sentimientos "detrás de la frente", que no concuerdan con los que parecen manifestar nuestros actos conforme a la tradición. Sin querer sostener que las reglas sean afirmadas por Montaigne para el "público", para los otros, es necesario admitir que estas reglas le sirven como escudo y vía de escape para cualquier caso que pueda sobrevenir.

La "fortuna" de Montaigne

"Escribo mi libro para pocos hombres y para pocos años". Sobre este punto Montaigne se engañó y no hubiese podido ocurrir de otro modo con una obra que hace de la ciencia de las costumbres, de la conciencia del hombre, su objeto preciso.

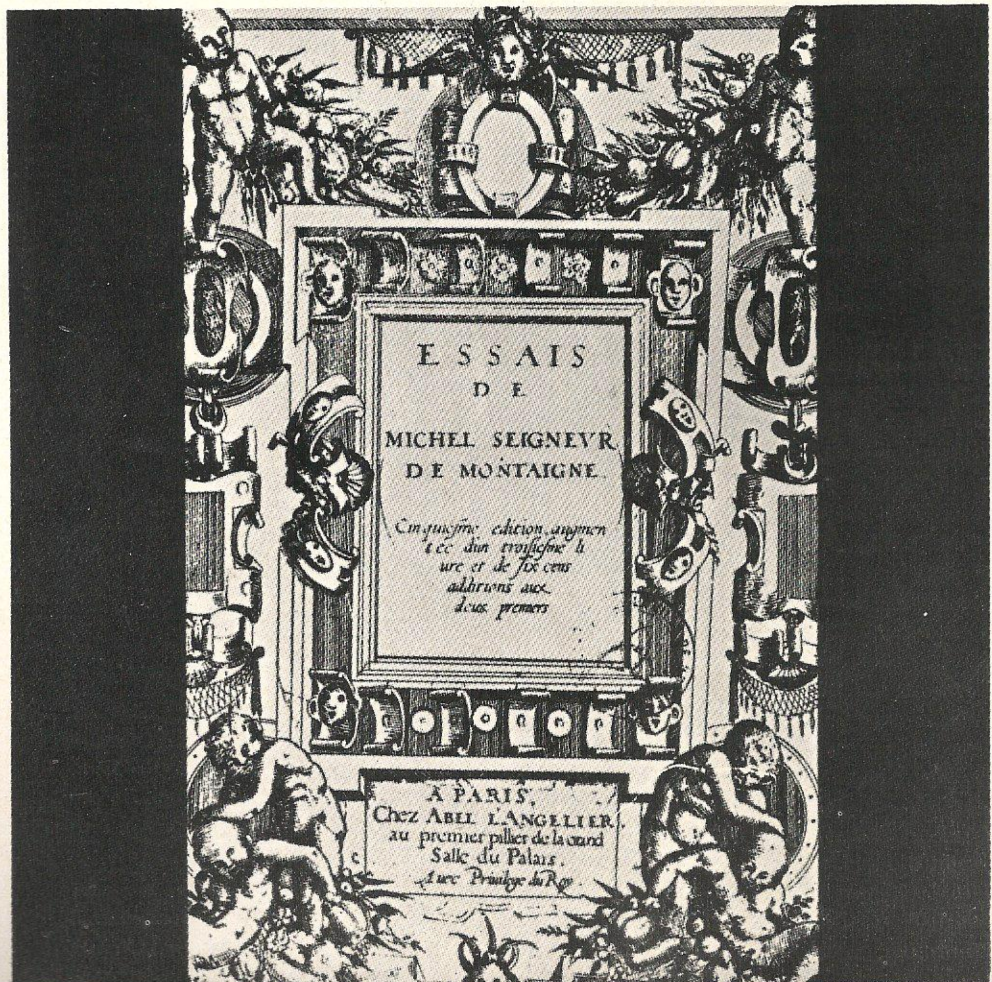
Desde el comienzo, las ediciones de 1588 y 1595 tuvieron gran difusión por toda Europa. Franceses y extranjeros encontraron en los *Essais* el eco de sus pensamientos. La variedad de opiniones, la multitud de anécdotas que conecta entre sí un humanismo sin pedantería, hacen de los *Ensayos* una verdadera *summa* en la cual el siglo que termina se reconoce íntegramente. Esta obra contribuyó a impregnar de moral estoica la primera generación del siglo XVII: Descartes y, sobre todo, Corneille son testimonios, con su culto por la razón, la voluntad y la virtud.

Por el contrario, los intelectuales mundanos del 1660 se dirigen especialmente al escepticismo y epicureísmo de los *Ensayos*; los libertinos, y especialmente los más brillantes, como el caballero de Mèré, Miton, el duque de Roanez, además de Pascal, lo toman como su *livre de chevet*. Será de los *Ensayos* que este último tomará su conciencia del hombre, antes de su conversión al jansenismo, y será contra aquéllos que afinará inmediatamente todas las armas de su elouencia. Es conocido su juicio impaciente: "¡Que loca idea ha tenido Montaigne al pintarse a sí mismo! Y no al pasar y contra sus propias máximas es como caen todos; pero conforme a sus máximas y según


LES ESSAIS DE MICHEL SEIGNEVR DE MONTAIGNE

A PARIS.
Chez Toussainct du Bray rue Sainct Iacques aux Espics-meurs.
ET
Pierre Rocolet Imp. et Libraire ordinaire du Roy, au palais en la Gallerie des prisonniers aux Armes de la Ville.
M.DC.XXXV

1


ESSAIS DE MICHEL SEIGNEVR DE MONTAIGNE.

Cinquiesme edition, augmentée d'un troisiesme liure et de six cens additions aux deus premiers.

A PARIS,
Chez ABEL L'ANGELIER,
au premier pillier de la grand Salle du Palais.
Avec Privilege du Roy

2

un diseño originario y fundamental. Porque decir tonterías a veces, por debilidad, es un mal común, pero lo que resulta insoportable es decirlas a propósito, como éstas".

En el siglo XVIII, las ediciones de los *Ensayos* se multiplican y llegan a los hombres más diversos: una similar admiración liga a Voltaire, Montesquieu, Rousseau.

Montesquieu, su compatriota, jurista como él, aprecia como buen conocedor la ponderación de las virtudes políticas y sociales del autor de los *Ensayos*. A sus ojos, Montaigne no es tanto un autor como un hombre que piensa: "en la mayor parte de los autores yo veo al hombre que escribe, en Montaigne veo al hombre que piensa".

Voltaire rehabilita a Montaigne frente a Pascal. Todo lo suyo le encantaba: la agilidad de su espíritu, la ironía, el escepticismo. ¿Cómo no recordar, frente a la condenación del fanatismo de las cruzadas y la defensa de los musulmanes contenidas en el *Essai sur les moeurs*, el elogio del emperador Juliano realizado por Montaigne? Y se complace en escribir: "¡Qué fascinante idea tuvo Montaigne al pintarse ingenuamente a sí mismo como lo ha hecho! Ya que él ha pintado la naturaleza humana. ¡Y el pobre intento de Nicole, Malebranche, Pascal, de desacreditar a Montaigne! Un gentilhombre de campaña de tiempos de Enrique III, docto en una época de ignorancia, filósofo entre fanáticos, y que pinta en nombre propio mis debilidades y locuras: ¡he aquí un hombre que será por siempre amado!".

También es conocida la protesta de Rousseau: "Pero ¿de qué le sirve al escéptico Montaigne afanarse en limpiar, en un ángulo del mundo, una costumbre opuesta a las nociones de la justicia? ¿De qué le sirve conferir a los más avisados viajeros aquella autoridad que niega a los más célebres escritores? Ciertos usos inciertos y extraños fundados sobre causas locales desconocidas por nosotros ¿destruirán el fundamento general logrado por el concurso de todos los pueblos, en contraste con todo el resto y de acuerdo sólo sobre aquel punto? ¡Oh, Montaigne! Tú que te enorgulleces de franqueza y verdad, sé sincero y veraz, si puede serlo un filósofo, y dime si existe sobre la tierra un país donde sea un crimen mantener la palabra dada, ser clemente, generoso; donde el bueno sea despreciado y honrado el malvado".

De temperamento religioso y grave, Rousseau, en efecto, no estaba en condiciones de simpatizar con Montaigne. Pero la razón le demuestra el valor de los *Ensayos*. El *Emilio* le debe mucho, y muchos argumentos contra la civilización y la sociedad de los dos primeros *Discursos* derivan de la *Apología*.

En el siglo pasado, Flaubert confiaba a un corresponsal suyo: "Estoy leyendo a Montaigne. No conozco libro más tranquilo y

1. Montaigne: retrato en la portada de la edición de 1635 de los Ensayos.

2. Portada de la quinta edición con agregados y correcciones de los Ensayos.

3. Un documento de la Biblioteca Municipal de Bordeaux.

4. Mademoiselle de Gournay.

LES ILLUSTRES FRANÇAIS

LA VERITE

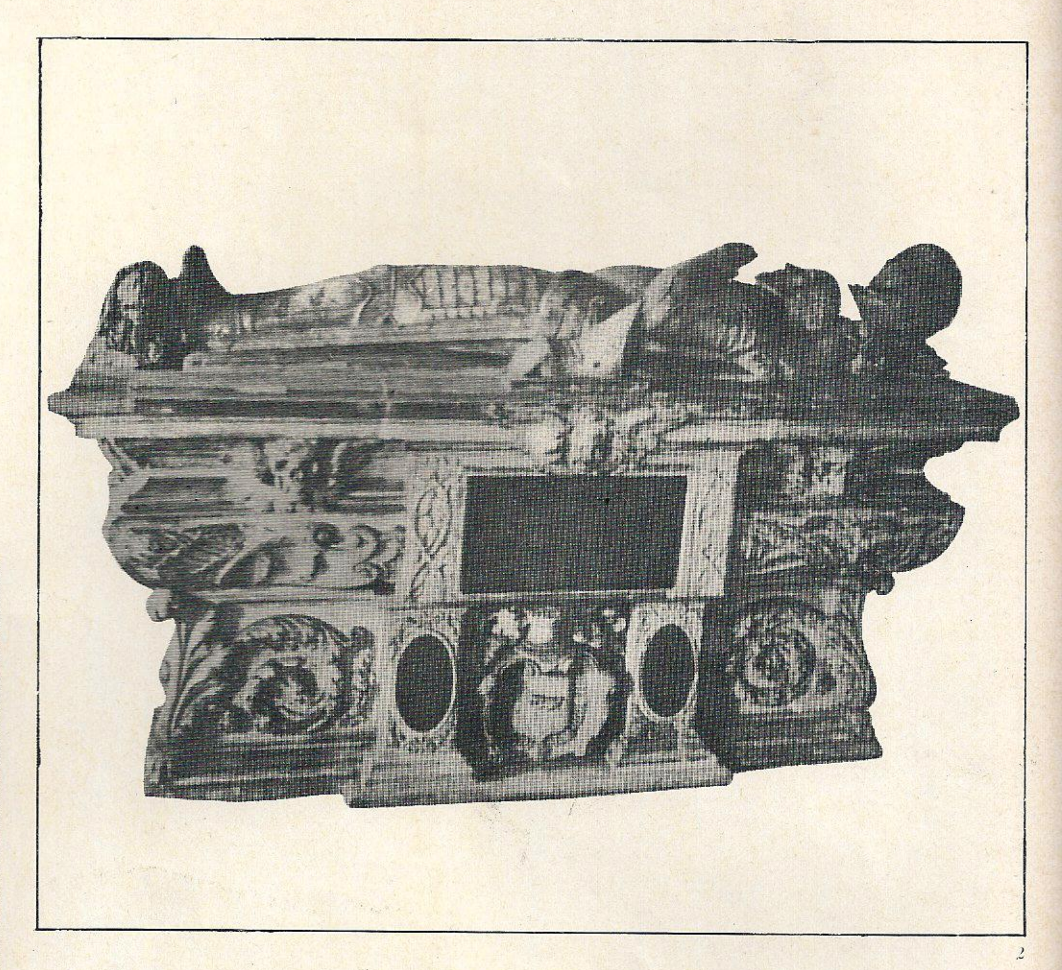
LA SAGESSE

MICHEL DE MONTAIGNE,

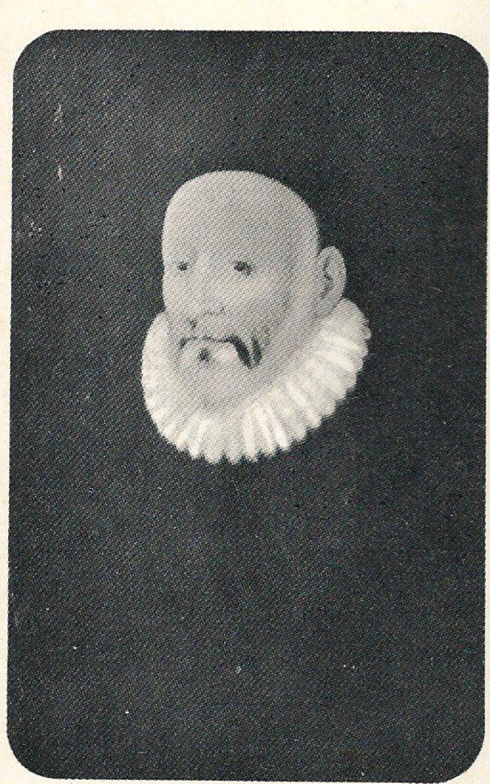
3



4



2



1

1. *Montaigne en los últimos años de su vida.*

2. *Tumba de Montaigne.*

que predisponga a mayor serenidad. ¡Qué sano es!".

De Nietzsche se recuerda un juicio apremiante: "el escepticismo marcial y glorioso de un Montaigne".

En el siglo XIX el romanticismo, con su limitado entusiasmo, se aleja mucho del espíritu de Montaigne; pero éste sirve naturalmente como guía al pensamiento sinuoso, reticente y lúcido de Saint-Beuve.

En nuestros días, Alain, Paul Valéry, André Gide no ocultan su influencia: su esfuerzo de lucidez, aquel rechazo por tomar parte en las pasiones y fanatismos, aquella conciencia del prójimo, aquella simpatía irónica por las debilidades humanas, que son propias de este maestro del pensamiento contemporáneo.

Bibliografía

Obras

Les Essais, a cargo de F. Strowski, Gébelin y Villey, Bordeaux, 1906-1933. *Les Essais*, a cargo de Jean Plattard, Col. Les Belles Lettres, París, 1930-1939, 6 vol. *Les Essais*, a cargo de S. Sacy, *Club Français*, París, 1952, 1 vol. *Le Journal du Voyage en Italie*, a cargo de Dédayan, Col. Les Belles Lettres, París, 1946. *Le Journal du Voyage en Italie*, a cargo de Maurice Rat, Clas. Garnier, París.

Estudios

Fortunat Strowsky, *Montaigne*, 2ª edic., Alcan, París, 1931. Pierre Villey, *Montaigne*, Rieder, París, 1933. Pierre Villey, *Les sources et l'évolution des Essais de Montaigne*, 2ª edic. Hachette, París, 1933, 2 vol. Pierre Villey, *Montaigne devant le postérité, jusqu'à 1610*, París, 1935. Jean Plattard, *Montaigne et son temps*, Boivin, París, 1933. Pierre Barrière, *Montaigne gentilhomme français*, 2ª edic., Delmas, Bordeaux, 1948. Pierre Moreau, *Montaigne et l'œuvre*, Col. "Connaissance des lettres", 4ª edic., París, 1953. Francis Jeanson, *Montaigne par lui-même*, Col. "Ecrivains de toujours", París, 1954. André Cresson, *Montaigne, sa vie, son ouvre*, Col. "Philosophes", 3ª edic., París, 1961. Sergio Solmi, *La salute di Montaigne e altri scritti di letteratura francese*, Milán-Nápoles, 1952. Glauco Natoli, *Figure e problemi della cultura francese*, G. D'Anna, Mesina-Florencia, 1956. Alberto Tenenti, *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*, Einaudi, Turín, 1957. Armando Vedali, *Cinque profili di filosofia francese: Montaigne, Pascal, Comte, Bergson, Blondel*, Taylor, Torino, 1958.



En el 5º aniversario del Centro Editor de América Latina

GRAN FERIA DEL LIBRO

ENORMES MESAS DE LIBROS EN LAS LIBRERIAS DE CAPITAL FEDERAL Y LA PLATA

OFERTAS EXTRAORDINARIAS

MAS DE 400 TITULOS EN VENTA

OBSEQUIOS

En el mes de setiembre, desde el 1º en adelante, el público de Capital Federal y La Plata podrá adquirir los títulos de su preferencia en las mesas de ofertas que encontrará en las librerías más importantes.

¡3, 4, 5, 6 y hasta 12 libros por $5.- a seleccionar entre más de 400 títulos en venta!

LO MEJOR DE LA LITERATURA ARGENTINA

David Viñas - Luis Franco - Pedro Orgambide - Oliverio Girondo - Haroldo Conti - Evaristo Carriego - Esteban Echeverría - Manuel Mujica Láinez - Manuel Gálvez - Enrique González Tuñón - José Hernández - Joaquín Gómez Bas - Norah Lange y muchos más.

LOS NOMBRES FUNDAMENTALES DE LA LITERATURA UNIVERSAL

Zola - Tolstoi - Poe - Dostoievski - Dickens - Homero - Gogol - Flaubert - Melville - Swift - Balzac - Cervantes - Bécquer - Horacio - Racine - Rabelais - Chéjov - Baudelaire - Lope de Vega - Petronio Scholem Aleijem y muchos otros.

IMPORTANTES AUTORES LATINOAMERICANOS

Juan C. Onetti - Enrique Lihn Manuel del Cabral - Carlos Martínez Moreno - Augusto Roa Bastos - Rodolfo Usigli y otros.

HISTORIA DE LA CIENCIA

ARTES VISUALES

LOS PENSADORES CLAVES EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

LITERATURA INFANTIL

Visite durante el mes de setiembre la librería del Centro Editor, Rincón 87, y las más importantes librerías de Capital Federal y La Plata. ¡No deje de aprovechar esta sensacional oferta aniversario! ¡No se pierda los obsequios!

PORQUE A USTED LE INTERESA
PORQUE USTED SE PREGUNTA
PORQUE USTED ES PARTE DEL MUNDO EN QUE VIVIMOS
USTED DEBE LEER

Transformaciones

ENCICLOPEDIA DE LOS GRANDES FENOMENOS DE NUESTRO TIEMPO

Transformaciones es la colección que analiza con criterio científico los fenómenos políticos, sociales, económicos, tecnológicos y científicos más significativos de nuestros días.

Transformaciones le permite conocer mejor los temas que se le plantean diariamente a través de los medios de información, del contacto con la gente y con el mundo de hoy.

OBSEQUIO

Para que usted conozca mejor la colección, junto con el fascículo Nº 1, "El poder de los medios de comunicación de masas", recibirá sin cargo el Nº 2, "América Latina y los monopolios". ¡Reclámelo a su canillita!

(ver más información al dorso)

Con solo 100 fascículos usted podrá formar y tener en su biblioteca una colección extraordinaria, en 10 magníficos volúmenes con miles de ilustraciones a todo color y en blanco y negro.

TODOS LOS MARTES COMPRE Y COLECCIONE Transformaciones $ 2,20



Precio de

ARGENTINA: Nº 168 al 158 $ 2 00 COLOMBIA: $ 7.- URUGUAY: $ 90
MEXICO: $ 5 VENEZUELA: Bs. 2,50